

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 16. — N° 237.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en París

SUMARIO.

Dromedarios regalados al emperador Napoleon por el virey de Egipto; grabado. — **Estudios literarios.** — **Revista de París.** — **Exposicion de bellas artes de 1857;** grabados. — **Dalila.** — **Buerme en paz.** — **Situacion actual de las tropas francesas en la Kabilia;** grabados. — **Discursos pronunciados en la Academia española.** — **Los Beni-Raten;** grabados. — **Congreso de la sociedad de botánica de Francia en Montpellier;** grabados. — **El cazador de pajaritos.** — **Cadenas de oro.** — **Revista de la meda.** — **Demolicion del puente de San Miguel;** grabado.

Dromedarios regalados

AL EMPERADOR NAPOLEON POR EL VIREY DE EGIPTO.

El 8 de junio último se vieron en Marsella unos cuantos dromedarios que tiraban de una pieza de artillería; estos ocho dromedarios deben servir en Africa, para donde habrán salido ya en la actualidad. Los marseleses los vieron admirablemente enjaezados y montados por nubianos vestidos tambien de un modo pintoresco. Inútil es añadir que una muchedumbre de curiosos asistia á esa marcha guerrera. Por la noche fueron á la hacienda de M. Pastré en Montredon.

ESTUDIOS LITERARIOS.

POESIAS DE LOS BARDOS (1).

X.

Hemos dicho que hay alguna monotonía en los caracteres de la mujer que nos presentan los BARDOS en sus poesías; es cierto, y por lo mismo son mas notables las pocas excepciones que podemos oponer á esta regla

(1) Véase el número anterior.



Llegada á Marsella de los dromedarios regalados al emperador Napoleon por el virey de Egipto, para el servicio de la artillería en Argelia.

general : una de ellas la encontramos en Eivirchona, esposa del valiente Gaul. Este ha partido á Noruega acompañado de otros muchos guerreros que salieron en expedición de su país, y tarda en volver mucho mas tiempo del que prometió ; entonces la esposa se decide á irlo á buscar, y se abandona á los embates de las olas en un frágil y débil barquichuelo, desembarca en una playa lejana, y el primer espectáculo que á su vista se ofrece es el de su marido, cuyo cuerpo ha atravesado mortal herida y extenuado además por la necesidad. Vuélvele á la vida ofreciéndole el seno que alimentaba á su hijo Ozall, y al regresar á su patria perecen en medio de las olas luchando con la tempestad.

Otra mujer, que tambien en las poesías de los bardos se diferencia de las demás, es Malvina, la viuda de Oscar, que cual otra Eudoxia, acompaña y guía constantemente al ciego Ossian. Malvina siempre muda divide sus atenciones entre el desgraciado Bardo y el recuerdo de su amado esposo, cuya tumba riega frecuentemente con sus lágrimas. Cuando va á reunirse con Oscar en la region de las sombras, se detiene ante Selma, la antigua habitacion de su esposo : la desolacion que en ella reina le trae á la memoria toda su felicidad pasada, y se convence de que nada puede aliviar sus dolores sino es la muerte. Oigamos sus melancólicos lamentos.

« Muchos eran los héroes que habitaban las colinas de Morven en los dias de nuestra felicidad ; pero ¡ ay ! que sopló un viento destructor, y nuestro bosque se vió despojado de sus hojas, y los majestuosos pinos caían tronchados sobre las montañas. Mensajero del aire, hizo oír su silbido en nuestros palacios, y la muerte señaló su tenebrosa carrera. Los dias de nuestra vida han durado tan poco como el brillo del relámpago, han sido un rayo que se inflama y muere. La voz del placer es un canto que no se oye en nuestras salas, y la fuerza y bravura de nuestros héroes es un rio seco. El buho anida en nuestras desiertas murallas, y el ciervo padece sobre la tumba de los bravos. El extranjero que viene de lejos á implorar el auxilio del jefe, queda admirado al ver sus habitaciones presa de la desolacion. El pastor que silba distraidamente, le encuentra en la espesa y oscura bruma, y le dice que los héroes no están. ¿ Dónde han ido los amigos del débil ? le pregunta. ¿ Dónde ha ido Fingal, el escudo del oprimido ? Extranjero, han ido á reunirse á sus abuelos. El viento destructor ha derribado á los poderosos del mismo modo que derriba los pinos de Dora, y los hijos de los débiles se levantan para ocupar su sitio. Mira en cada una de estas colinas las tumbas de los que socorrian al desgraciado. Las piedras bajo cuyas yacen, están medio ocultas entre marchita verdura. El silencio y el polvo cubre á los héroes del mismo modo que se extiende la niebla sobre Morven. »

Para comprobar lo que hemos manifestado acerca de la mujer en general, podriamos elegir al azar entre las muchas composiciones que forman la coleccion de poesías titulada *Cantos de Ossian* ; pero toda vez que es indiferente, preferimos citar el que sigue, ya que el canto de muerte que mas adelante debemos traducir, es continuación del mismo.

Colma se encuentra sola y abandonada en una montaña aguardando á su amante Salgar, y en tanto entonces estas sentidas quejas.

« Es de noche : estoy sola y extraviada sobre la tempestuosa colina. El viento silba en las montañas : despiéñase el torrente con hórrido fragor. Ni tengo techo que me guarezca de la lluvia, ni cabaña que me ampare contra los rigores de la tempestad.

« ¡ Oh luna, despójate de tu velo de nubes ! estrellas de la noche, brillad, para que uno de vuestros rayos pueda conducirme al sitio de mi amante reposa de las fatigas de la caza, empuñando el flexible arco y rodeado de sus perros jadeantes. ¡ Ay ! ¿ Debo permanecer sola, sentada cabé el peñasco que domina el torrente ? Sus aguas mugen sórdamente, el huracan ulula mas y mas, y no escucho la voz de mi amante.

« ¿ Porqué tarda mi Salgar ? ¿ es que ha olvidado su promesa ? ¿ no es este el peñasco, no es este el árbol, no es este el torrente mugidor ? Salgar, Salgar, tú habías prometido estar aquí al caer el dia. ¡ Oh ! ¿ por dónde se ha extraviado mi Salgar ? ¿ Quería huir contigo y abandonar á mis orgullosos padres ! ¿ Qué importan las enemistades de nuestras familias si nosotros nos amamos tanto ?

« ¡ Oh viento ! cállate siquiera un instante, cálmate por un instante, torrente estrepitoso, dejad que los sonos de mi voz repetidos por los ecos de la montaña lleguen á oídos de mi jóven cazador. Salgar, yo te llamo. Aquí están el árbol y el peñasco. Salgar, amigo mio, aquí estoy, ¿ porqué no vienes ?

« ¡ Ay ! la luna brilla, las aguas rielan en el valle, las rocas se iluminan, y v'o allá, á lo lejos... pero no, no le veo sobre la cima de la montaña, sus perros no le preceden anunciando su llegada. ¡ Ay ! ¿ debo permanecer sola !

« ¿ Mas quiénes son los que allí bajo yacen tendidos sobre la arena ?... ¡ Mi amante, mi hermano !... hablad por piedad, amigos míos... se callan... ¡ Mi alma se despedaza !... Muertos... sus espadas están enrojecidas... Hermano, hermano, ¿ porqué has dado muerte á mi Salgar ? ¿ Salgar, porqué has dado muerte á mi hermano ? Yo que os amaba tanto. Tú eras el mas hermoso de los que poblaban la colina ; él era terrible en el combate. Contestadme, escuchad mis voces, amigos míos. Pero ¡ ay ! callados, callados para siempre : su seno está frio como la tierra.

« ¡ Oh ! vosotros los que habitais en los escarpados peñascos y en las colinas que ciñe la bruma, espíritus

de los muertos, hablad, hablad, no temais que vuestras revelaciones me hagan estremecer. ¿ Dó habeis ido á descansar ? ¿ Cuya es la caverna de los montes en la cual podré encontraros ? Nada, ni un flebil eco, ni un suspiro de las brisas que me traiga una palabra de los que fueron.

« Estoy sola con mi dolor, y aguardo llorando la vuelta del sol. Cavad la fosa, amigos de los muertos ; pero no la cerreis hasta tanto que yo venga. Mi vida será tan ráuda y fugaz como los sueños ; ¿ podría vivir sin él ? Quiero morar con mis amados cabe el torrente que mana del peñasco. Cuando la noche tienda su manto y el viento silbe tristemente lamiendo el débil césped, mi espíritu correrá con las brisas lamentando la muerte de mis amigos. El cazador me oirá desde su cabaña de follaje, y querrá escuchar mi voz, mi voz que será dulcísima al llorar por mis amigos... ¡ Los quise tanto !... »

No queremos proseguir, pues tanto basta para formarse completa idea del modo como sabian emplear los BARDOS el lenguaje de la pasion mas pura, tierna, delicada y desinteresada con que ha dotado el Criador al alma humana.

XI.

Hemos visto la descripción de un combate singular, que así, si bien no entre un padre y un hijo, pero entre los dos jefes de los enemigos bandos, suelen concluir los que nos presentan los cantos de los BARDOS. Hemos visto tambien de qué modo pintan á las mujeres en general, y si bien hemos dado á conocer algunas excepciones, aun en estas se habia observado el amor profundo que profesan al esposo, y la constancia y fidelidad con que le demuestran ese cariño, constancia y fidelidad que no desmienten en medio de los peligros mas inminentes, constancia y fidelidad que les hacen llegar hasta el extremo de buscar la muerte cuando les falta la dulce compañía de aquel al cual en dias de bonancible dicha unieran su suerte.

Pero hemos dicho que además de estos dos asuntos, tenían singular inclinacion á cantar los BARDOS en sus composiciones lo que hemos llamado *Canto de muerte*. Fáltanos pues, para comprender el repertorio de los mismos ó tener un conocimiento perfecto de aquellas, citar un modelo de las mismas. Oigamos pues el canto que entona Alpin sobre la tumba del valiente Movar, el jóven guerrero que hemos visto expirar en la composicion anterior.

XII.

RINO. « El viento no silba ; la lluvia ha cesado ya ; el dia está en calma ; las nubes se evaporan en el cielo, y la luz del sol traspone las verdes colinas. Las aguas turbias y enrojecidas se despeñan turbulentas para convertirse en mansos riachuelos que entre menudas piedras corren al través de la llanura. ¡ Oh rio ! muy dulce es tu murmullo, mas la voz que yo escucho es mas dulce aun ; es la voz de Alpin, de Alpin el hijo de la armonía, de Alpin que llora sobre los que no existen ya. El peso de los años ha encorvado sus espaldas, y sus ojos están llenos de lágrimas. ¡ Oh Alpin, hijo de la armonía ! »

ALPIN. « Mi llanto ¡ oh Rino ! se vierte para los muertos ; mi voz canta para los habitantes de los sepuleros. Hoy eres grande en la montaña, hoy eres hermoso en la llanura ; pero dia llegará en que serás derribado como Movar. Entonces caerá el llanto fúnebre sobre tu tumba, los montes te desconocerán, y tu arco permanecerá flojo en un rincon de tu albergue.

« ¡ Movar, Movar ! tú eras tan ligero en la carrera como el cabritillo que trisca en la sierra ; terrible eras como un meteoro luminoso. Tu ira era formidable como en diciembre el huracan ; tu espada brillaba en el combate como el relámpago sobre el firmamento, y tu voz resonaba como el estrépito del torrente despues de la tempestad, ó como el rumor del trueno que rueda en las lejanas montañas. Muchos han sucumbido á tus golpes ; muchos han perecido bajo el furor de tu cólera.

« Mas ¡ cuán tranquilo estaba tu semblante cuando regresabas de la guerra ! Tu rostro se parecia al sol despues de la lluvia, á la luna en medio del silencio de la noche, á la superficie de un lago despues que ha calmado el céfiro que rizaba sus aguas.

« Pero ¡ cuán estrecha es ahora tu mansion ! ¡ Cuán sombría tu morada ! Tres pasos me bastan para medir tu huesa, ¡ tú tan grande antes ! Cuatro piedras cubiertas de musgo, hé ahí el único monumento que resta de tu memoria. Un árbol que á duras penas conserva algunas hojas, y cuatro yerbas cuyas macilentas briznas mece silbando el viento ; hé aquí cuanto indica al ojo experto del cazador la modesta tumba del poderoso Movar.

« ¿ Quién es este hombre que apoyado en su báculo, encanecida la cabeza por la edad y los ojos lastimados por el llanto, vacila á cada paso que da ? ¡ Oh Movar ! es tu padre, tu padre que no tenia mas hijo que tú. Le refirieron tus hazañas en el combate, le contaron que habias dispersado al enemigo, le revelaron tus glorias. ¿ Porqué no le dijeron que te habian herido ? ¡ Lloro, llora, infortunado padre de Movar ! ¡ Tu hijo ¡ ay ! no te oye ! porque nada puede interrumpir el silencioso sueño de los muertos, pues es muy profundo su lecho de polvo. Jamás oirá tu voz, jamás, aun cuando le lla-

despertará ! ¡ Oh ! ¿ cuándo llegará aquel dia en que lo habitantes de las tumbas deben despertar ?

« ¡ Adios, el mas valiente de los hombres ! el que siempre triunfó en el campo de batalla, el campo de batalla no te volverá á ver ; el refulgente acero de tus armas no disipará ya la oscuridad de los bosques. No has dejado hijos, pero nuestros cantos conservarán tu memoria, los siglos venideros oirán hablar de tí ; ¡ sí, sí, los siglos venideros oirán hablar de la caída de Movar ! »

No puede desearse mas, imposible parece que imágenes tan sencillas, expresadas en tan sencillo lenguaje, puedan conmover tan profundamente el corazon.

XIII.

Las palabras con que terminamos el párrafo precedente, son el mas preciso resumen del juicio crítico que podriamos escribir de la poesia de los BARDOS en general. Que el modo de ser de los pueblos á los cuales se dirigian ; que el cielo bajo el cual moraban ; que el teatro donde se estaban realizando los hechos que debian celebrar ; y finalmente, que los accidentes del terreno, — las montañas cubiertas de nieve ó veladas por las espesas brumas ; los valles amenos pintorescos y floridos, tan tranquilos como los céfiros que mansamente acarician sus flores, — que les rodeaban, eran el móvil que les inspiraba tan bellos cantos, es una verdad que no debemos detenernos en demostrarla cuando tan sabida es la influencia que el clima, la educacion y los sentimientos individuales ejercen en las obras de un escritor.

Queremos solo llamar la atencion en la sencillez de las imágenes, en lo propio y natural de las comparaciones, en la expresion de los afectos que ora suaves ó vehementes, ora dulces ó violentos, ora apasionados y tranquilos, siempre encuentran una cuerda en el arpa de los BARDOS, que fácilmente reproduce en ecos misteriosos y divinos el efecto que han producido aquellos en el corazon. Esto para nosotros es poesia, esto para nosotros es sentimiento, esto para nosotros es pasion. Porque debemos consignarlo de una vez para siempre ; en lo que muchas veces se llama poesia, no vemos mas que cabeza, obras del arte meditadas en la calma del gabinete, y nosotros en la poesia quisieramos ver constantemente corazon, nada mas que corazon.

Debemos terminar, porque nuestro artículo va tomando proporciones demasiado extensas, y aun nos resta algo que decir. Aludimos á las noticias que nos quedan de los BARDOS que mas estima han alcanzado despues de Ossian.

XIV.

Cuando los sajones invadieron la Bretaña, los BARDOS que, conservando viva la tradición de sus antepasados, continuaban celebrando los héroes de los tiempos pasados, tuvieron que abandonar aquel suelo querido, teatro de sus glorias, para refugiarse en un lugar seguro donde pudieran seguir cultivando su profesion. Eligieron para ello las tristes playas y macilentas llanuras de la Armorica, cuyo príncipe Judicael les protegió del modo que se merecian los que iban á llevar á aquellos remotos países las semillas de la civilizacion.

Entre aquellos poetas distinguióse principalmente uno cuya memoria se conserva aun viva entre los armoricanos. Fué este Guineylan, que viviendo por los años 1000 de nuestra era, pudo presidir y consignar en sus numerosos cantos las costumbres rudas de aquellos pueblos semisalvajes. Sus composiciones, á las cuales dió el nombre de *Diouganou* ó profecías, puede decirse que pertenecen á la época primitiva : con tanta verdad supo imitar á los antiguos BARDOS. Así por ejemplo, en una de ellas que lleva por título *Merlin el adivino*, encontramos perfectamente descrita la lucha que se estableció entre el cristianismo y los antiguos sectarios de la religion druidica. Lucha en la cual, si bien quedó vencedora la verdadera religion, como no podia menos de suceder, los nuevos afiliados conservaban vivo el recuerdo de los misterios de su culto, cuyos dogmas mezclaban frecuentemente con los de la moral evangélica (1). Toda vez que es corta continuamos la composicion titulada *Merlin el adivino*.

— « Merlin, Merlin, ¿ dónde vais al rayar del alba con vuestro negro can ?

— « Vengo de ver cómo podré encontrar el huevo rojo de la serpiente marina, ora se sobre la playa, ora en las concavidades de los peñascos. Vengo de ver cómo podré encontrar la piedra verde y la yerba de oro en el valle, y en el bosque el retoño blanco de la encina.

— « Merlin, Merlin, regresad á vuestra casa, dejad entre la espuma de los peñascos ó en las playas arenosas el huevo rojo de la serpiente marina, dejad en el valle la piedra verde y la yerba de oro, dejad en el bosque el retoño blanco de la encina, y pensad que no hay mas adivino que Dios. »

Quizás para comprender este pasaje hubiéramos debido consignar alguna de las costumbres de los galos, principalmente aquellas que dicen relacion con las prácticas misteriosas y oscuras de su culto caprichoso y singular, mas ni es esta la ocasion oportuna, ni los cortos límites de este artículo nos lo permitirian. Por ahora contentémonos con dejar consignado lo que antes he-

(1) De esto hemos hablado con mas detencion en una serie de artículos que sobre la poesia de los pueblos del Norte publicamos en octubre del año anterior.

mos dicho: «que cuando no otra cosa encontraríamos en la poesía de los BARDOS bálsamo suave para las heridas del corazón.»

CAYETANO VIDAL.

Revista de Paris.

A pesar de la deserción de toda la gente aristocrática, un extranjero que sentado una tarde en un sillón de los Campos Elíseos viera el desfile de los coches que se dirigen al bosque de Boulogne, pensaría fundadamente que Paris es en el verano la capital del gusto y la riqueza. Esto quiere decir que el brillo y la esplendidez no son monopolio exclusivo de aquella clase privilegiada. En los círculos medios de esta sociedad parisiense hay fortunas muy grandes, y el nivel general, á no descender á las postreras gradas de la escala, es bastante elevado para que siempre conserve aquí la vida exterior una apariencia deslumbradora. Además, debemos añadir que el bien parecer es en Paris el todo. En las calles y paseos, lo mismo que en los teatros y las reuniones, hay asalto de lujo en el vestir, en los adornos, joyas y aderezos. Tal matrimonio que disfruta de una renta módica, se priva de todos los goces interiores que no son absolutamente necesarios, á fin de que la esposa luzca en todas partes las mas ricas galas. Una mujer, y hablamos de una mujer legítima, devora hoy, á poco elevada que sea su posición, grandes caudales.

El domingo en el bosque de Boulogne, un joven que tomaba notas para una novela de la vida real, inventariando el prendido de una señora desconocida, no se habla de una de las reinas de la elegancia, hizo por aproximación el siguiente cálculo:

Sombrilla blanca de moaré, con mango de concha incrustado de turquesas y rubies, y la seda cubierta de encaje de Chantilly, ochenta pesos.

Sombrero de paja de Italia con todos sus adornos correspondientes, sesenta id.

Vestido de tafetan azul celeste con tres volantes de punto de Inglaterra, mangas y cuello de lo mismo, mil cuatrocientos id.

Manteleta de punto de Inglaterra con enormes volantes, ochocientos id.

Botonadura del corpiño, brazaletes, sortijas y otras joyas de piedras preciosas, un par de talegas.

Pañuelo de mano guarnecido de punto de Alençon, doscientos pesos.

Faltan el cachemira que iba en el carruaje para el caso de que se levantara fresco, las medias de seda, los zapatos del color del vestido con tacones rojos, el sombrero de oro ciselado, los guantes, etc., etc.; pero sin sumar estas menudencias los capítulos mayores arrojan ya un total bien respetable.

Así hay tanto parisiense que retrocede ante la santa coyunda del matrimonio, aun cuando sea rica la novia. — Y á propósito de matrimonio tenemos que decir que acaba de caer en el lazo uno de esos solterones á toda prueba, uno de esos hombres que forman el propósito de resistir á todos los atractivos, á todos los halagos, y lo que es mas serio aun, á todos los compromisos que ellos mismos contraen. El lance ha divertido mucho á las personas de su conocimiento para que dejemos de señalarle en nuestra crónica. El sugeto en cuestion llamado Raimundo de X... habia burlado ya las esperanzas de tres ó cuatro jóvenes que contaron imprudentemente con su mano de esposo; hé aquí cómo este perillan salia del atolladero en el momento crítico.

Después de haber galanteado durante el último invierno á una señorita hija de una buena familia de Paris, se encontró entre la espada y la pared, digámoslo así, por una demanda formal de matrimonio. Raimundo entrado de lleno en las explicaciones, habló de esta manera:

— Exige Vd. palabra de casamiento, ¿no es verdad, amiga mia?

— No puedo suponer en Vd. otras intenciones.

— ¡Ay! semejante boda pondria el colmo á mi felicidad, llenaria mis caros deseos, pero me es imposible realizarla.

— ¿Y por qué?

— Va Vd. á saberlo. Yo he pasado cinco años en América recorriendo tan hermosos países por gusto puramente. Mi pensamiento era permanecer mas aun, pero á pesar de mi afición á los viajes y el cariño que tomé á las cosas americanas, hube de decidirme á volver á Francia donde me llamaban negocios importantes. Me embarqué pues, en Nueva York en un buque magnífico, perfectamente equipado y que marchaba con una celeridad maravillosa. A medida que me alejaba de las costas de América, sentia renacer en mi corazón el amor patrio, comenzaba á desear el fin de mi navegación, y en mi mente daba rienda suelta á todas las ilusiones. Una de ellas era la de encontrar en mi país una joven dotada de esos atractivos que prometen la felicidad en el hogar doméstico, esa felicidad apacible y sedentaria cuyo gusto sucedia en mí repentinamente al de las aventuras en países lejanos, y me propuse en cuanto llegara á Francia buscar esa prenda querida y casarme.

— ¡Ah! comprendo todo ahora, exclamó la señorita; ¡es Vd. casado!...

— No por cierto; nunca me habria presentado á Vd. diciéndome lo que no soy; permítame Vd. que continúe.

— Prosiga Vd.

— El buque navegaba pues, rápidamente, el tiempo estaba soberbio y todo parecia prometernos una feliz y pronta travesía. Pero de súbito el cielo se cubre de negros nubarrones, se levanta un huracán espantoso, en fin se declara una borrasca de las mas peligrosas que pueden verse. Las

olas enfurecidas nos lanzaban á alturas inmensas para sumergirnos después en profundos abismos. El buque no pudo resistir á tan formidables sacudimientos; las ruedas se hacen pedazos, el agua nos invade... ¡Nuestra pérdida era segura!... Ya sabe Vd. que en tal extremidad los marinos tienen la costumbre de dirigir al cielo un voto para salvarse; yo seguí esa piadosa tradición, y pensando que debía comprometerme á consumir algun sacrificio muy grande para conjurar la cólera celeste, hice voto de inmolar el mas caro de todos mis deseos, y prometí con toda solemnidad al cielo que si me salvaba de aquel peligro renunciaria para siempre á casarme.

Concluida esta relacion, Raimundo saludó, y se fué, dejando á la joven consternada.

Nuestros lectores han conocido ya que la historieta era un expediente imaginado por el ingenioso galán para salir de apuros y evitar el matrimonio; expediente que habia sido empleado en mas de una ocasion y siempre con buen éxito. ¿Qué mujer habria podido imponerle sin remordimientos de conciencia un sacrilegio y un perjurio?

Esta última vez habia surtido tambien el efecto deseado, y el solapado narrador hacia ya sus preparativos para marchar á Baden, donde sin duda se habria procurado una nueva coyuntura para contar la historia de la tormenta, cuando se presenta á visitarle un caballero, que después de anunciarse con su nombre y su título de oficial del ejército francés, le dice:

— Soy un amigo de la familia de la señorita ***.

— ¿Y qué desea Vd. de mí, caballero?

— ¿No es Vd. quien ha contado á esa joven una historia marítima, la historia de una borrasca terrible?

— Soy yo en efecto.

— Su narracion de Vd. me ha conmovido mucho, me ha causado una impresion profunda, pero...

— Pero...

— Me parece que hay un medio de arreglar un asunto que le tiene á Vd. en una posición anómala... ese medio consiste en absolver á Vd. de su voto, y á eso vengo yo.

Raimundo es hombre de claro entendimiento; comprendió que se le echaba encima un enemigo resuelto á todo y prefirió casarse. Ya no contará mas la aventura de la borrasca que hacia erizar de espanto los cabellos.

Otra historia de casamiento no menos peregrina:

Dícese que en una de estas últimas noches se introdujo atrevidamente en el aposento de un joven artista una linda señorita de diez y siete años. Era la hora en que ya están cerradas las tiendas, y los transeúntes apresuran el paso para llegar lo mas pronto posible á su domicilio.

La señorita en cuestion, hija de una familia acomodada, apenas conocia al artista. Educada muy religiosamente por sus padres, hermosa y con una fortuna muy decente, habria podido hallar un esposo sin moverse de sus espléndidos salones; pero un pianista que de tiempo en tiempo iba á su casa, la hubo de inspirar inocentemente un amor novelesco, y este amor exaltado produjo la visita nocturna á que nos referimos.

La joven entró sin llamar; pero ¡ay! ¿en qué situación sorprendió al hombre de sus sueños? — Preciso es declararlo; la historia no admite ni ocultaciones ni subterfugios. El artista se desnudaba para meterse en la cama; felizmente la operacion estaba en el principio.

Sin pararse en los detalles de la decoracion, se fué noblemente á él y le dijo sin rodeos:

— Quiero ser tu esposa.

El pianista mas atónito que héchizado con la declaracion, pasó á su gabinete donde se puso las botas y la levita. Al cabo de un instante apareció otra vez, y con la gravedad de un doctor en su cátedra, habló á la joven de todos los inconvenientes que tenia aquella manera de tratar los asuntos matrimoniales, y la suplicó que le permitiera llevarla á su casa.

Largos discursos le costó el vencer la resolución de la joven que estaba decidida á todo con tal de casarse; pero al fin la razon y la elocuencia triunfaron. El artista tomó un coche, y un instante después la fugitiva entraba en la casa paterna escoltada por el amante.

Escena de familia. — La madre pone el grito en el cielo, naturalmente. El padre estrecha sobre su corazón al virtuoso artista, y después de prodigarle los nombres mas dulces, le dice: «hijo mio.» — Hay mas: en premio de tanta virtud se añadirán veinte mil pesos á la dote.

El joven dió su palabra de casamiento, y no hay duda que la cumplirá; si no lo hiciera, seria un monstruo aborrecido de todas las mujeres.

Nuestros lectores saben sin duda que en Paris el prurito de la especialidad profesional se lleva hasta el último extremo. En todas las cosas, ciencias, artes y oficios, el hombre procura dedicarse á un ramo particular dentro de su profesion misma, y por poco que descuella, consigue hacerse un nombre y realizar los grandes beneficios propios de una posición única, en esta gran capital que es un mundo.

En la medicina sobre todo son notables estas subdivisiones; para cada una de las principales enfermedades conocidas hay su especialidad doctoral; esto es muy sabido, pero lo es menos que hay tambien hombres que se dan el título de médicos con aplicacion á la cura de ciertos animales que el lujo y la moda han introducido en las casas de tono. Vamos á poner en escena á uno de estos personajes que figuran con toda seriedad en la comedia parisiense.

El viernes último la señora baronesa de R... se hallaba sola en su aposento, cuando un lacayo la entra en una bandeja de plata una tarjeta muy lustrosa. La baronesa lee el nombre grabado en la cartulina sin reconocerle.

«El doctor H...»

— No espero médico ninguno, dijo la dama; sin duda el doctor se equivoca.

— No se engaña, señora baronesa.

— ¿Lo ha dicho así?

— Asegura que viene recomendado á la señora baronesa que tendrá mucho gusto en recibirle.

— No comprendo; pero en fin, que entre ese señor doctor.

Un momento después el criado introduce á un caballero de donosa presencia, de aire serio y frente despejada. Este buen señor, rigurosamente vestido de negro de piés á cabeza, ostenta modales muy finos, lleva la cinta roja de la Legion de Honor en el ojal del frac, y en todo demuestra ser un hombre de mundo.

La baronesa le hace ademán de que tome asiento.

— Sin duda alguna, señor doctor, se ha equivocado Vd., pues no hay ningun enfermo en mi casa.

— No por cierto, señora baronesa; ¿no recuerda Vd. haber visitado hace dos dias á la señora duquesa ***?

— Sí, la he visto.

— ¿Y no la dijo Vd. que tenia cierta pesadumbre, porque un loro que mira Vd. con afecto particular se hallaba indisputo gravemente?

— Todo eso es verdad.

— Pues vengo de parte de la duquesa, que habiendo tenido ayer noticia de que yo me ocupo especialmente de las enfermedades de los loros, me mandó un recado para que me presentara en su casa de Vd.

— ¡Oh! ¡qué felicidad! ¿Vd. sabe curar las enfermedades de los loros?

— A varios he salvado ya; veamos pues al interesante enfermo.

El interesante enfermo estaba en lo alto de un palo dorado junto al balcón, místico y taciturno como si pensara en la libertad y en los bosques de América. La baronesa le tomó en el dedo prodigándole los nombres mas afectuosos, las mas tiernas caricias, y le presentó al doctor; este se quitó los guantes, y en tanto que la baronesa contemplaba con un interés mezclado de curiosidad al médico de pájaros, este se preparó á diagnosticar la enfermedad con una atención digna de mejor causa.

Principió por sujetarle para abrirle el pico, luego le examinó los ojos, le alzó las alas, le registró en todos sentidos y al cabo de un estudio muy largo y muy atento, la fisonomia del doctor tomó una seriedad alarmante. La baronesa que habia seguido todos sus movimientos, le dijo con zozobra:

— ¿Qué tenemos, doctor?

— El caso es grave, muy grave, señora baronesa; este precioso animal está en peligro.

— ¡Dios piadoso!... Crea Vd., doctor, que si llegara á morir, tendria un gran sentimiento; trate Vd. de curarle: ¿qué remedios debemos emplear?

— Voy á escribir una receta; pero ante todo debo declarar á Vd. que aun observando al pié de la letra todas mis prescripciones, no salvará Vd. al loro.

— ¿Pues qué debo hacer?

— Este animalito interesante necesita mas bien un tratamiento moral que medical; ¿cuánto tiempo hace que está en su poder de Vd.?

— Hará unos seis años; me le regalaron cuando era yo muy joven, y desde entonces no se ha separado de mi lado.

— ¿No tiene Vd. aquí algun otro animal?

— No señor.

— Algun perro, algun gato, un animalillo cualquiera que sea tambien objeto de sus atenciones de Vd. y de sus cuidados?

— Sí señor, tengo un canario muy bonito que me dieron hace unos tres meses.

— ¿Y dónde está?

— Está en su jaula colgada por fuera del balcón.

— ¿Y se ocupa Vd. mucho de él?

— De cuando en cuando le hago cantar, le doy de comer y me divierto con él; ¡es tan bonito!

— Ahí tiene Vd., señora baronesa, la causa de la enfermedad del loro.

— ¡Oh! es imposible, doctor.

— Es la pura verdad; el loro está celoso, está á punto de hacerse hipocondriaco.

— ¿Habla Vd. de veras?

— Muy de veras; vea Vd. esos ojos amarillentos... esa flojedad... ¡Oh! si no muere, es un loro capaz de suicidarse.

— Vaya, permítame Vd. creer, señor doctor, que hablamos de broma. ¡Suicídese! ¡Desearia yo ver qué genero de muerte elige un loro?

— Señora baronesa, repito á Vd. que es la pura verdad lo que estoy diciendo; ¿no ha notado Vd. que como poquísimos?

— Efectivamente, apenas toca á la comida que le doy.

— Pues es que quiere morirse de hambre.

— ¿Eso piensa Vd.?

— Y eso es; el loro la ha tomado á Vd. mucho cariño, y la envidia le ha puesto en un estado de irritacion que causará su muerte; en vano le prodiga Vd. los mismos cuidados que antes; él ve que su rival es objeto de iguales atenciones, y los celos le devoran; es un animal desgraciado después de haber sido dichoso.

— Doctor, me sujetaré á las instrucciones de la ciencia; ¿qué debo hacer?

— Principiaremos por el tratamiento moral; saque Vd. de casa al canario, y muéstrese Vd. con él mas cariñosa que nunca.

— ¿Y se figura Vd. que curará?

— Lo creo; pero si no fuera así apelariamos al tratamiento medical. Que no vea mas al canario, eso le asesina.

El doctor se levanta y la baronesa le entrega cuatro pesos, precio de su visita, suplicándole no abandone su enfermo hasta que se encuentre enteramente curado. — Si tenemos mas noticias sobre este caso verídico en todos sus detalles, no dejaremos de señalarlas.

MARIANO URRABIETA.

La Exposición de bellas artes de 1857.

Hemos indicado ya que la pintura llamada de género reclama casi exclusivamente la atención este año, y en efecto, se ha presentado en las proporciones reservadas

en otro tiempo á los cuadros de historia. Sin embargo, los grandes lienzos escasean. El mayor y mas importante es el que representa la *Toma de la torre de Malakoff* por M. Ivon. Como era de esperar, la campaña de Crimea ha inspirado á muchos artistas. M. Durand Bra-

ger, tan conocido de nuestros lectores, ha enviado una serie de cuadros muy interesantes, en los cuales se puede estudiar toda la topografía del teatro de la guerra.

Entre los cuadros de género mas notables de la Exposición, citaremos una bonita composición de M. R.



Exposicion de 1857. — Almoneda de amores, cuadro por M. Glaize.

Fleury: *Cárlos V en el monasterio de Yuste*; un *Duelo á la salida de las máscaras*, por M. Gerome, que ha expuesto tambien escenas y vistas de Egipto; un *Entierro* por M. Knaus; *Campesinos napolitanos*, por M. Hebert; los *Dos Palomos* y otras dos composiciones de M. Benouville; *Agláe, Oteló...* de M. Cabanel; la *Misa en Beast* de M. Landelle; la *Casa del poeta trágico en Pompeya, maestro Palestrina...* por M. G. R. Boulanger; el *Estudio de Rembrandt y Bernardo de Palissy* por M. L. Roux; *Una familia de lapones* por M. Hockert, y diferentes cuadros de género de MM. Curzon, Hamman, Frere, Leleux, Dillens, Stevens, Willems, etc... Hay siete cuadrillos admirables de M. Meissonnier, y con él debemos citar á M. Chavet que reduce sucesivamente las proporciones de sus pinturas hasta hacerlas microscópicas.

M. Hamon sigue pintando caprichos un poco alambicados, M. Millet por el contrario, conserva en sus *Espigadoras* toda la aspereza triste y rústica de su estilo. M. Courbet, mas excéntrico aun, no busca el estilo, sino que representa del modo mas trivial las *Jóvenes de las orillas del Sena*, aunque manifestando sus grandes calidades de pintor que se preferirian ver en su gran cuadro la *Cacería*.

M. H. Vernet ha expuesto con varios retratos su *Batalla del Alma*, y un cuadro de género, el *Zuavo trapense*. M. Marechal de Metz ha enviado un pastel magnífico: *Colon de vuelta del Nuevo Mundo*. Llama bastante la atención un cuadro de uno de sus discípulos, M. Devilly, un *Bivac en 1812*, y en un género mas gracioso se ven igualmente con interés la *Fortuna* y el *Niño*, una *Leda* de M. Baudry que ha expuesto igualmente su gran cuadro, *Suplicio de una Vesta*; y un hermoso retrato de M. Beule. Tambien debemos señalar varias composiciones alegóricas de M. Bouguereau, hechas para ornato de un salon, tanto por su mérito artístico, como porque ellas manifiestan un gusto elevado en la decoracion de

las grandes habitaciones de nuestra época, ejemplo bien raro desgraciadamente.

Algunos nombres se nos pasan sin duda en esta rápida revista de las obras sobre las cuales se fija mas la atención del público. En el paisaje tendríamos que citar una larga lista de obras, pero ya hablaremos en detalle, así como de los dibujos y la escultura.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

M. Glaize: *Almoneda de amores*. — Este asunto singular tratado ya por los artistas de la antigüedad y tambien por los modernos, nunca ha tenido la importancia

que acaba de darle M. Glaize. Los antiguos que evitaban las composiciones complicadas, concibieron esta con una sencillez y una sobriedad sumas: los modernos modificaron poco la manifestacion del asunto. La *Vendedora de amores* de Viena, que está en el palacio de Fontainebleau, podria pasar por una obra de un pintor de Pompeya, si no por el sentimiento y el dibujo, al menos por la composicion. Por lo demás, ese asunto gracioso y que gusta como alegoría, carece un poco de claridad. Seria difi-



El Viático en B. étaña, cuadro y dibujo de M. Luis Duveau.

cil decir lo que en él se comprende realmente; quizá los que mas le explican se engañan mas. Por el desarrollo que toma este asunto en el lienzo de M. Glaize, se ve que el artista ha querido que haya esta vez mas intenciones y una significacion mas completa. Sin embargo, el sentido no es menos vago y ambiguo; pero como la composicion agrada y el motivo es pintoresco, el inconveniente se salva en gran parte.

La escena pasa en Roma ó en Alejandría, esto es indiferente; el cartel que cuelga de la columna con este letrero: «*aujourd'hui, vente publique*» (hoy, almoneda), desafía la crítica de los arqueólogos. Algunos tipos de romanos, persas, sirios, etc., atestiguan la mezcla de las razas en la metrópoli del mundo. Pero las cabezas de mujeres, con su expresion moderna, alteran el carácter antiguo de la composicion. Vemos ahí toda una serie de caritas menudas que recuerdan las pinturas del siglo XVIII ó el principio del XIX. Una cabeza cerca de la columna donde está el letrero, es una remi-



Exposicion de 1857.—Asesinato de Francisco de Lorena, duque de Guisa, cuadro y dibujo de M. A. Marc.

esparciendo sus guineas, con su gorri-lla en la cabeza y el cigarro en la mano, mira friamente el oro que le da el cambista por sus billetes. Fuera de la tienda por el contrario, la codicia y los deseos de la miseria á la vista del oro, se pintan diferentemente en las facciones de una pobre mujer con un niño en los brazos, y de un hombre vigoroso que se oculta en la sombra como si meditara algun proyecto siniestro, en tanto que un pilluelo cubierto de harapos, saca la mano de su bolsillo vacío y encuentra en el contraste un pretexto para soltar una chanzoneta sobre la desigualdad de las condiciones. Todo este conjunto, excepto una joven rami-

lenera, personaje episódico colocado en un rincón del cuadro, está bien ligado, bien ejecutado; es un aspecto fiel del presente que lega el artista á lo venidero.

M. MARC: *Asesinato de Francisco de Lorena, duque de Guisa*, por Juan Poltrot el 18 de febrero de 1563. Muy conocido es ese sangriento episodio de las guerras de religión que desolaron la Francia. El autor le ha tratado

niscencia del Guido. Excepto una terrible mujer siria que se lleva un par de amores que acaba de comprar, como si se llevara del mercado un par de gallinas, el grupo de las mujeres se halla desprovisto de carácter antiguo; no obstante tiene frescura y gracia, y hasta sorprende que las tales damas acudan á comprar semejante mercancía; mas propio nos parecería que la vendieran. Este cuadro es uno de los grandes lienzos que hay en la Exposicion; el asunto no exigía quizá tan vastas proporciones. Se halla tratado con gracia, si bien tiene un tono general vivo y claro que presenta en ciertos puntos contrastes de color que chocan á la vista. El vestido verde de la mujer que pregonas las ventas, llama demasiado la vista hácia el centro del cuadro. Sería preferible para el colorido, que tuviera tonos variados, aunque no se hallase tan conforme con la tradicion arqueológica.

M. Glaize tiene tambien en la Exposicion otro cuadro cuyas dimensiones son demasiado grandes para el asunto que representa. Se titula: *Delante de la puerta de un cambista*. Por dentro un inglés, tipo impasible de esos viajeros que por toda Europa van

Los dos estudiantes de Salamanca (prólogo de *Gil Blas*), cuadro por M. Hillemacher.



Señor persa con su escolta atravesando una calle de Tenebra por la noche, cuadro por M. Pasini.



Los dos estudiantes de Salamanca (prólogo de *Gil Blas*), cuadro por M. Hillemacher.

sencillamente. La escena está bien dispuesta; la ejecución es fácil y el aspecto del cuadro es armonioso. Hay naturalidad en el ademán del duque de Guisa, que herido por detrás lleva instintivamente una mano á su espada y otra á su hombro. Este drama de la historia francesa que ha sido interpretado por M. Marc, se presta muy bien á la reproducción por medio del grabado.

M. DUVEAU ha consagrado este año su pincel á la reproducción de escenas de la Bretaña. Damos aquí el dibujo de un gran cuadro expuesto por él y titulado el *Viático*. El cielo está encapotado, las nubes muy bajas, el suelo empapado por la lluvia. El sacerdote que lleva el viático levanta con una tristeza expresiva sus ojos al cielo. Hay quizá demasiado vigor en el que toca la campanilla y abre la marcha seguido de dos monaguillos; pero las cuatro figuras componen bien; el grupo de las mujeres deja algo que desear; carece de carácter, y la falta de interés de la segunda mitad de la composición contrasta con la primera mitad mucho más acentuada. La ejecución de este cuadro es franca y sencilla. No puede decirse lo mismo de la ejecución de otro cuadro de pequeña dimensión: el *Derecho de paso*. Un joven batelero quiere dar un beso á una aldeana, una robusta bretona que no se defiende con mucha energía.

M. HILLEMACHER: *Los dos Estudiantes de Salamanca*. El asunto es bien conocido; están leyendo el letrero de una losa que dice: «Aquí está encerrada el alma del licenciado Pedro García.» El más joven de los estudiantes se rie del epitafio que le parece ridículo; pero su compañero más cauto, se detiene para aclarar el misterio, lo que le vale descubrir después en el interior del sepulcro un bolsillo lleno de ducados. Este asunto tomado del prólogo del *Gal Blas*, está manifestado de un modo satisfactorio. Hay alegría en la fisonomía del atolondrado y naturalidad en su actitud, pero sus piernas son muy pesadas y redondas para un joven. El paisaje no está pintado con esmero. Ya hablaremos de algunos otros cuadros de género de M. Hillemacher.

M. PASINI: *Un señor persi escoltado de sus criados, atraviesa una calle de Teheran por la noche*. Este es el último cuadro que reproducimos hoy; nos reservamos hablar de M. Pasini cuando tratemos de los hermosos dibujos que ha expuesto. J. D. P.

DALILA

DRAMA EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS

POR

OCTAVIO FEUILLET

Representado por primera vez en el teatro del Vaudeville en Paris el 29 de mayo 1857.

ACTO SEGUNDO.

PRIMER CUADRO.

En el teatro de San Carlos. En un bastidor cortado á la derecha un gran palco de proscenio. El teatro representa un salon de ese palco, con ricas colgaduras; sillones, sofás, lámparas, etc. Cuando alzan el telon, la orquesta toca el final del acto segundo al ruido de las aclamaciones y de los bravos.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, NARNI, EL PRINCIPE KALISCH, y luego LEONORA.

(Julia y Kalisch salen los primeros del palco.)

JULIA.

¡Dios mio! ¡qué opera tan fastidiosa! ¿Os divierte, príncipe Kalisch?

KALISCH.

¡Oh! marquesa, lo que os fastidia no puede divertirme.

JULIA.

Yo no comprendo nada.

KALISCH.

Lo mismo digo.

JULIA.

Leonora se entusiasma porque el entusiasmo da más brillo á sus ojos.

KALISCH.

Eso mismo me parece á mí.

LEONORA, entrando.

Es divina esta ópera.

JULIA, dejándose caer sobre un divan bostezando.

¡Qué fastidio!

LEONORA.

No puedo creer que seáis incapaces los dos de comprender esta música. (Julia se encoge de hombros mirando al príncipe.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, EL MARQUES DE SORA, LADY WILSON.

LADY WILSON. (Acento inglés marcado, pero con distinción.)

Buenas noches, querida princesa.

LEONORA.

Buenas noches, querida lady, buenas noches, querido marqués.

DE SORA, saludando.

¿Y qué decis, princesa?

LEONORA.

Es un triunfo como se han visto pocos.

LADY WILSON.

¡Oh! se encuentra uno arrebatado al quinto cielo, ¿no es verdad, princesa?

LEONORA.

Rossini no alcanzó jamás un éxito tan brillante... Y ya sabéis, princesa, que el libretto, así como la música, es obra del joven compositor.

LEONORA.

Lo dicen... es prodigioso... Pero sentaos, marqués.

JULIA.

La ópera será muy hermosa si se quiere; pero á mí me parece música de iglesia, no me gusta.

KALISCH, apoyado en el sillón de Julia.

Lo mismo digo, no me gusta.

LEONORA.

Príncipe Kalisch, en cuanto á música me parece que solo sois competente para juzgar del redoble de los tambores... Pero ¿qué teneis, querida marquesa?... Estais encarnada como una fresa de los Alpes.

JULIA, secamente.

Es el calor... ¿Conoceis sin duda particularmente al autor de esa cencerada flamenca, amada mia, para sostenerle con tanto fuego?

LEONORA.

Estoy tan lejos de conocerle particularmente, amada mia, que esta noche he oido su nombre por primera vez y de vuestra boca.

DE SORA.

¡Cómo! ¿Nunca os ha hablado de Roswein el caballero Carnioli? Pues él es quien le ha creado, quien le ha sacado á luz.

LEONORA.

¡Es singular! Jamás me ha dicho una palabra.

JULIA, con intencion.

Es más que singular... estando tan á menudo con el caballero Carnioli, amada mia, preciso es convenir entonces en que tenia que hablaros de cosas más interesantes.

LEONORA.

Convengamos en ello, adorada mia... Pero decidme, príncipe Kalisch, ¿es cierto que en el Cáucaso una bala de cañon os llevó las dos orejas?... El lance me parece duro de creer; pero solo así me explicaria yo hasta cierto punto vuestro gusto musical. (De Sora y lady Wilson se rien.)

JULIA, bajo.

No respondais.

KALISCH, con solemnidad.

Princesa, esa historia no tiene fundamento alguno...

JULIA, bajo.

Os digo que no respondais.

LEONORA.

¿De modo que no es cierto?

KALISCH.

Princesa, os juro que no por mi honor de caballero.

LEONORA.

¡Ah! si lo jurais... (Julia se levanta con enojo.) ¿Nos dejais ya, querida Julia?

JULIA.

Sí, esa música es insoportable... un acto más me mataria... Príncipe Kalisch, ¿podeis darme el brazo hasta mi coche?

LEONORA.

Ciertamente, y hasta la Siberia si fuera preciso. ¿No es cierto, príncipe encantador?... Adiós, idolatrada amiga.

JULIA.

Adiós, queridísima mia. (Sale poniéndose el abrigo y seguida del príncipe Kalisch.)

ESCENA III.

LEONORA, LADY WILSON, DE SORA. (Todos se rien.)

LEONORA, levantándose.

El príncipe Kalisch es un tesoro de inocencia.

LADY WILSON.

Sí, pero monta bien á caballo.

LEONORA.

A caballo estará bien; mas á pié carece de entendimiento.

DE SORA.

Le habeis puesto esta noche como ropa de pascua.

LEONORA.

Para bien de mi querida amiga, quisiera quitarla tan ridícula compañía, y ella no me lo agradece.

LADY WILSON, riendo.

Es extraordinario.

LEONORA.

¡Ah! Carnioli está aquí; venid, amigo mio.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, CARNIOLI.

CARNIOLI, á la puerta con exaltacion.

¿Qué se dice por aquí sobre el talento de mi cisne de Dalmacia?

TODOS, aplaudiendo.

¡Bravo! ¡bravísimo!

DE SORA.

Es un verdadero triunfo, amigo mio; supongo que estarás contento.

CARNIOLI.

No por cierto, estoy incomodado; mi hombre es un marica; por poco le ahogo.

LEONORA.

¿Pues y porqué?

CARNIOLI.

Luego hablaremos... pero ¡qué genio!... Es un verdadero genio... ¿no es cierto, princesa?

LEONORA.

Se acerca mucho si no lo es... mas decidme, caballero, ¿dónde habeis descubierto ese prodigio? ¿qué se puede creer de todo lo que cuentan?

CARNIOLI.

Ignoro lo que cuentan, pero hé aquí la verdad.... Hará unos diez años volvia yo de Turquía, y tuve el capricho de viajar por tierra costeando el Atlántico.... Una tarde de estío, en un pueblecillo de Dalmacia entre las montañas y la mar, oigo de repente mientras estaban mudando los caballos una armonía extraña, incorrecta, pero admirable... sonidos de un violin arrancados por una mano ignorante, pero fuertemente inspirada... como si el alma de Paganini hubiese vuelto por aquel lugar... Me precipito fuera de mi coche y veo sobre un banquillo á la puerta de una quinta un muchachuelo cubierto de harapos que rascaba un violin con toda su alma.

LADY WILSON.

¡Pobre inocente!

CARNIOLI.

Tomé en mis brazos al mozo diciéndole: galopin, serás un hombre de genio dentro de diez años; vente conmigo.

LEONORA.

¿Y os siguió sin más ni más?

CARNIOLI, levantándose.

¡Oh! no; á mis ruegos meneaba la cabeza repitiendo á media voz: ¡Silvia! ¡Silvia! Al oír este nombre de Silvia, me figuré que se trataba de algunos amores prematuros... y le dije que se viniera con su Silvia, con su padre y su madre si era de su gusto, que yo adoptaba á la familia entera... pero el pobrecillo era huérfano... En fin, desapareció, y un minuto después volvió trayendo en sus brazos una bonita cabra blanca y negra que estrechaba con ternura: era la señorita Silvia.

LADY WILSON.

¡Qué interés me inspira el animalito!... ¿Pensais que el maestro la venderia?

CARNIOLI.

¡Oh! milady, Silvia seria hoy muy vieja, pero murió de nostalgia durante el camino, y aunque no lo creais, os diré que vertí lágrimas sobre su tumba.

LADY WILSON.

¿Llorais algunas veces, caballero?

CARNIOLI.

Seguramente, milady.

LADY WILSON.

¡Y yo que os creia seco!

CARNIOLI.

¡Seco!... es un error deplorable, como vereis ahora... Imaginaos que para consolar al chico, quise enterrar su favorita en un bonito parque que poseo en las cercanías de Mantua. La operación se llevó á cabo con toda solemnidad, y me costaba mucho trabajo mantenerme serio, cuando veo al mozo que se planta sobre la sepultura con violin en mano... y comienza la ejecución de una elegía en la menor de un carácter tan triste que mis ganas de reír se convirtieron en lágrimas... y eché á llorar que era un portento... Tal fué el destino de Silvia, milady, y en cuanto á su dueño es...

LEONORA.

Un grande hombre, como le prometisteis.

CARNIOLI.

Me lisonjeo de ello.

DE SORA.

Pero ¿cómo os habeis gobernado?

CARNIOLI.

De un modo muy sencillo; le di buenos maestros y un sastre elegante... Pero comienza el tercer acto... Milady, marqués... os recomiendo el coro de las jóvenes granadinas... la despedida de la Alhambra... *(Tararea en tono lastimero.)* Luego el baile triunfal de las jóvenes españolas... *(Alegremente.)* tralalá, tralalá; pero sobre todo el canto de Boabdil en el final, es una melodía divina... *(Lady Wilson y el marqués salen.)*

ESCENA V.

LEONORA CARNIOLI.

(Carnioli mira un instante á la princesa.)

LEONORA, mirando á los palcos.

Carnioli, ¿porqué no me habeis dicho nada sobre ese jóven?

CARNIOLI.

Quería que fuese completa la sorpresa, princesa adorable.

LEONORA.

¡Siempre original!... ¿Y su persona?

CARNIOLI.

¡Oh! Es Apolo vestido de frac; todo lo reúne ese corbato ingrato.

LEONORA.

¿Es ingrato?

CARNIOLI.

Hasta lo sumo... pero no puedo contenerme mas... voy á declararos mis penas.

LEONORA.

¡Están principiando ya!

CARNIOLI, cerrando las colgaduras del palco.

No le hace, perderemos el baile, pero os contaré mis penas... y me comprenderéis porque os hallais dotada de un alma de artista... He visto brillar una lágrima en vuestros ojos mientras cantaban el aria de Isabel, no podéis negarlo...

LEONORA.

No lo niego... Estoy tan triste, tan abatida desde hace algun tiempo, que la vida me pesa.

CARNIOLI.

Es muy sensible.

LEONORA.

Pero veamos cuáles son las penas que os da vuestro fénix...

CARNIOLI.

Mi querida princesa, os vais á estremecer; ese admirable genio quiere suicidarse.

LEONORA.

Suicidarse, ¡gran Dios!

CARNIOLI.

O casarse, que viene á ser lo mismo, pues una vez sumergido en el letargo de la dicha doméstica, se acabó, está perdido para vos, para mí, para todo el mundo civilizado; sin lucha, sin fiebre, sin dolor, no hay genio posible.

LEONORA.

Pero yo pensaba, amigo mio, que en el seno de la felicidad doméstica puede haber desgracias como fuera de él.

CARNIOLI.

Seguramente, pero ese bribon se casa con una santa, querida princesa; no hay mas que una en la tierra en el día de hoy, y ese animal la ha encontrado. Es cosa para desesperarse.

LEONORA.

¿Y quién es la criatura tan privilegiada?

CARNIOLI.

Marta Sertorio, la hija de ese viejo músico alemán, vuestro vecino en el campo... Mirad. *(Entreabriendo la colgadura.)* Podéis verla allí en frente... una muchacha rubia, diáfana... todo el mundo la mira en el teatro.

LEONORA, mirando con el antejo sin levantarse.

Mucho favor la hacen, pues está ridículamente perjeñada la pobre jóven.

CARNIOLI.

No digo que no, pero es bonita.

LEONORA.

¡Bonita!... vulgar como una lugareña... ¿Y la quiere mucho? *(Levantándose.)*

CARNIOLI, aparte.

Tiene celos. *(Alto.)* La quiere con una obstinacion de que no hay idea... Todos mis argumentos, mis promesas, mis amenazas, todo ha sido inútil. Os aseguro que estoy desesperado... Querida princesa, aconsejádme; ¿qué debo hacer para salvar de una ruina segura el talento de ese hombre? *(Como herido de una idea súbita.)* ¿No querriais decirle vos que se pierde, que va á cometer una falta, una locura, un crimen?

LEONORA, con asombro.

¿Decírselo yo?

CARNIOLI.

Sin duda... quizá lograréis convencerle... A veces la palabra de una persona extraña tiene mas autoridad... y luego una mujer en vuestra posicion, es imponente.

LEONORA, riendo.

Primero, me niego á tomar cartas en el asunto... y despues... pero vamos, sois un loco de atar... ¿Con que acabais de decirme que está perdidamente enamorado de esa jóven, y quereis que la olvide por dos palabras que yo le diga?

CARNIOLI.

¡Ah! no conocéis á los artistas, princesa. Una raza poderosa y débil á la vez, imaginaciones ardientes y movibles como la llama, que corren irresistiblemente hácia todo lo que brilla y fomenta el orgullo: el lujo, el terciopelo, la seda, las flores, las manos blancas y el armiño de las duquesas, eso les fascina y les lleva al infierno. En cuanto el mio haya podido penetrar en esos esplendores, ya está perdido para su alemana, ya es nuestro, ya es del arte. Me hallo tan persuadido de esto, tan persuadido de que el prestigio de algunas grandes relaciones en la sociedad le salvarian, que poco me ha faltado para decirle que le iba á presentar á vuestra alteza.

LEONORA, con serenidad.

¿Se lo habeis dicho?

CARNIOLI, aparentando cierta turbacion.

Princesa, he querido únicamente...

LEONORA.

Vamos, se lo habeis dicho. No veo en ello ningun mal... si ese caballero es persona decente...

CARNIOLI.

Así lo pensé yo, y estaba bien seguro de vuestra tolerancia... pero él no quiere.

LEONORA.

¿Cómo! ¿No quiere?

CARNIOLI.

No quiere dejarse presentar.

LEONORA.

¿En mi casa?

CARNIOLI.

En ninguna parte.

LEONORA.

¿Y porqué?

CARNIOLI.

Porque para él no hay mas que Marta en el universo.

LEONORA.

No podemos emplear la fuerza... Pero ¿me habeis nombrado á mí en esas historias?

CARNIOLI.

¿A vos, princesa?... Sí, sí, creo haberos nombrado.

LEONORA.

¿Y qué habeis dicho de mí?

CARNIOLI.

¡Oh! frusterías... ya sabeis, lo que se dice comúnmente... que me habiais hablado de él con cierto interés, que deseábais oírle en el piano... nada mas.

LEONORA.

Y me parece muy bastante, debo daros las gracias, amigo mio... *(Riendo.)* Y el respondió como en la aldea: *¡Silvia!*

CARNIOLI.

Así fué; ¿qué quereis? es una locura.

LEONORA, con sequedad.

En una palabra, Carnioli, sin reparar en ninguna cosa y guiado por el furor artístico, me habeis expuesto en éfigie á los desdenes de ese jóven... Mil gracias, amigo mio.

CARNIOLI.

¡Oh! Tomais el lance muy por lo serio... ante todo ese jóven no es un jóven sino una musa... *(Se pone á escuchar.)* ¡Silencio!... El aria de Boabdil, aquí está la obra maestra... *(Levanta la colgadura. Música.)* Estais al corriente de la situacion... Boabdil se detiene un momento en su fuga... sobre la montaña y llora su reino perdido... Primero viene el recitado... *(Canto.)*

CARNIOLI.

¡Bravo! ¡Bravo! Princesa, si quereis admirar un rostro verdaderamente angelical, mirad ahora á la novia del poeta... es un arcángel en medio del éxtasis.

LEONORA, mirando con los gemelos.

Esa muchacha debe estar enferma del pecho.

CARNIOLI.

¡Chist! aquí viene el andante, oíd. *(Cantan el aria de Boabdil; se oyen grandes aplausos graduados hasta el fin de la escena y llaman al autor repetidas veces.)*

CARNIOLI, entusiasmado.

¡Sublime! ¡Divino! ¡Bravo! ¡Roswein! ¡Bravo! *(Leonora se levanta y mira con atención. Los gritos aumentan.)* ¡Oh! Le llamarán cien veces. ¿Habeis visto qué ojos echaba á la Sertoria?... A fe mia, debemos confesar que forman una buena pareja, habria sido un asesinato separarlos ¿no es verdad? *(Le llaman de nuevo.)* Bien, muy bien: ¡bravo! ¡bravo! Una lluvia de flores... ¿pero no le arrojaís vuestro ramillete como todo el mundo?

LEONORA.

¡Por daros gusto en todo... *(Se inclina fuera del palco)*

y arroja su ramillete...) ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! Carnioli. *(Aparece riendo á carcajadas.)*

CARNIOLI.

¿Qué sucede?

LEONORA.

Mi pañuelo que se ha ido con las flores.

CARNIOLI.

¡Qué inadvertencia!

LEONORA.

Tenia el ramo envuelto en el pañuelo y todo cayó á un tiempo... ¿comprendeis?

CARNIOLI.

¡Oh! perfectamente.

LEONORA, poniéndose la manteleta.

Vámonos, estoy confusa... ¡qué aventura, Dios mio! Y además un pañuelo soberbio... *(Tomando el brazo de Carnioli para salir: al cabo de una pausa):* ¿Me le devolverá?

CARNIOLI.

Allá veremos.

FIN DEL PRIMER CUADRO.

Duerme en paz!

I.

El vientecillo del Norte
Agita su cabellera,
Que en negros y undosos rizos
Su frente apacible vela.
Vaga en sus rosados labios
Una sonrisa que expresa
Goces del alma arrullada
Por seductoras quimeras.
Parece un ángel del cielo
Que alegre al mundo viniera,
Creyendo hallar en el mundo
Felicidad é inocencia,
Y al encontrar en los hombres
Falacia, rencor, miserias,
Plegó sus candidas alas
Abrumado de tristeza,
Y buscó en sus sueños de ángel
Imágenes mas risueñas.
Déjale dormir, que solo
Será feliz mientras duerma.
« No turbeis su dulce sueño,
Pájaros de la arboleda. »

II.

Espesa tus ramas, árbol,
No se deslice por ellas
Un rayo del sol que abraza
La noble frente al poeta!
Jamás reposó á tu sombra
Criatura que merezca
Tan amorosos cuidados
Como el que á tu abrigo sueña,
Por mas que á tu sombra grata
Vengan á dormir la siesta
Tesoro de perfecciones
Las vírgenes de la aldea.
El mundo le llama niño,
Y á fe que el mundo no yerra
Si la niñez por los años
De la criatura se cuenta.
Es niño, pero se agitan
En esa infantil cabeza
Los pensamientos del hombre
Que encaneció en la experiencia;
Es niño, pero ha sentido
Mas de una vez las tristezas
De la vida en largas noches
De insomnio febriles llenas;
Es niño, pero grabaron
Sobre su frente serena
La meditacion, arrugas,
Y el amor, signos de penas.
Duerme en paz, poeta niño,
Que con los ángeles sueñas,
« Y su sueño no turbeis,
Pájaros de la arboleda. »

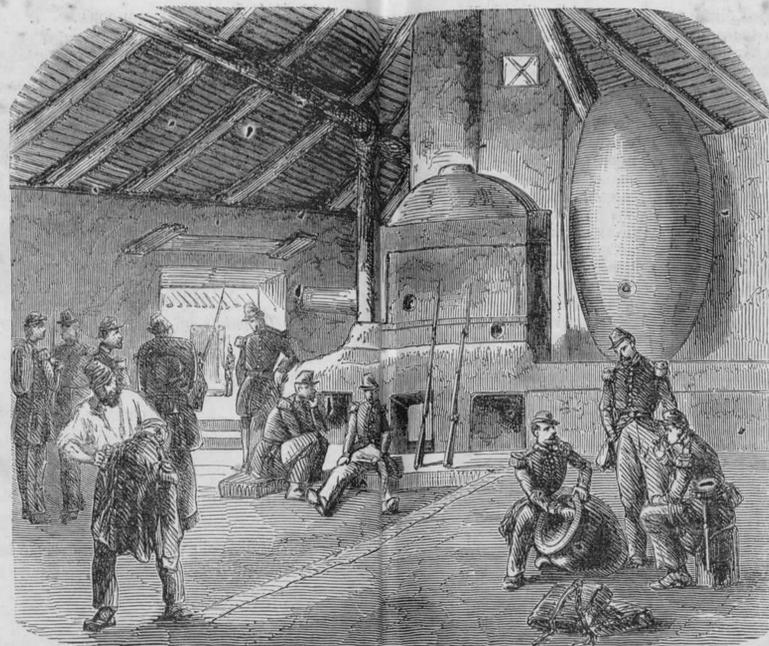
III.

Duerme en paz, poeta niño,
Duerme á esa sombra benéfica,
Y sueña con la hermosa
Que adoras y reverencias
Con la pureza del niño
Y con la fe del poeta.
Así que un raudal de goces
Tu corazon fortalezca,
Despierta, y de nuevo emprende
Tu interrumpida carrera.
Yo caminaré á tu lado
Por esa difícil senda,
De tus contentos partícipe,
Partícipe de tus penas;
Te consolaré si lloras,
Te velaré cuando duermas,
Te sostendré si vacilas,
Y moriré cuando mueras;
Mas duerme tranquilo ahora
Y vuestras arpadadas lenguas
« No turben su dulce sueño,
Pájaros de la arboleda. »

ANTONIO DE TRUEBA.



Vista de las aldeas Azuza y Hachiren, tomada del puesto avanzado de la division Renault.



Casa kabilia en Hachiren convertida en cuerpo de guardia.



La aldea Tadder-u-Fellah y casa de correos de la division Mac-Mahon: vista tomada de la aldea de Lababat.

Situacion actual

DE LAS TROPAS FRANCESAS EN LA KABILIA.

Hé aquí algunos dibujos hechos en Argelia por un oficial francés de la columna expedicionaria de la Kabilia. Las tropas se encuentran actualmente acampadas en el país de los Beni-Raten. Las obras para la construccion del camino y del borg (fuerte) se prosiguen con actividad. El estado mayor del mariscal Randon se encuentra

en la cresta de Suk-el-Arba, donde debe elevarse el fuerte. La division Mac-Mahon ha establecido su campo en las alturas de Abudid y cerca de la aldea de Taddart-u-Fellah. Esta aldea, como todas las de la Kabilia, es un conjunto de casuchas cubiertas de tejas; su posicion es muy pintoresca

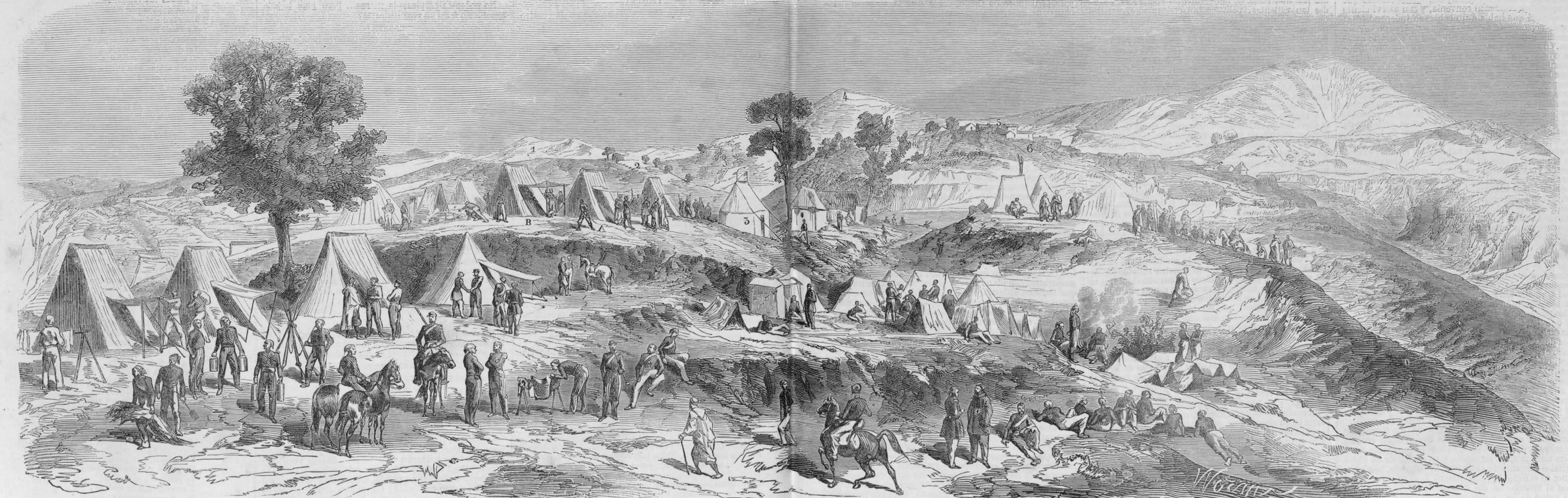
— El ministro de la Guerra ha recibido del mariscal gobernador general de la Argelia la carta siguiente que trasladamos á continuacion, porque es la explicacion hist6rica de los dibujos que se ven en estas dos páginas:

« Suk-el Arba 12 de junio de 1837.
» Señor mariscal: V. E. sabe que despues de haber invadido las cuestas y el país de los Beni-Raten, el cuerpo expedicionario de la Kabilia se ha quedado en las posiciones tomadas, á fin de consagrar nuestra posesion con la abertura de una carretera y el levantamiento de un fuerte en el corazon del país. Hoy puedo daros cuenta de los resultados obtenidos.
» Entre Siku-Meddur y Suk-el-Arba existe una diferencia de nivel de unos 900 metros: tratábase de poner

en comunicacion estos dos puntos por medio de una carretera; carretera que tenia que hacerse atravesando montañas desiguales que ofrecian los mayores obstáculos. En estas condiciones el servicio del cuerpo de ingenieros tuvo que hacer un trazado de 25 kilometros. Gracias á la habilidad, á la experiencia que nuestros oficiales de ingenieros han adquirido en la ejecucion de los trabajos de vias de comunicacion, gracias á su celo, esas dificultades fueron superadas, y en pocos dias entregaron á nuestras tropas un trazado notable en todas sus

partes para la construccion del camino; las cuestas no se elevan á mas de 1/20^{ma}; nuestros soldados por un trabajo sostenido lograron abrir una via de 6 metros de ancho, y lograron limpiar la inmensa cantidad de tierra que ofrece un trazado sobre cuestas á 45 grados. Pienso que el sábado 20 del corriente nuestros carros podrán llegar hasta Suk-el-Arba.
» A! mismo tiempo que se ejecutaban los trabajos del camino el servicio de ingenieros completaba en Suk-el-Arba las provisiones de material propias para el caso.

« Habiendo salido bien los experimentos hechos en la cal, se pusieron hasta ocho hornos en estado de funcionar. Ya los obreros civiles trabajan, y en breve se podrá contar con 20 metros cúbicos de cal por dia para los trabajos de fábrica.
» Tambien se ha establecido una fábrica de ladrillos. Cinco hornos llamados *de campaña* para la administracion militar se hallan en via de construccion, y estarán acabados dentro de cuatro dias. Este recurso permitirá dar pan á las tropas, y por consiguiente se habrá mejo-



POSICION DE LA DIVISION MAC-MAHON, DEL ESTADO MAYOR GENERAL Y DE LAS ALTURAS DEL JURJURA, VISTA TOMADA DE SUK-EL-ARBA.

montañas del Jurjura; 2, campo de la brigada Perigot (division Mac-Mahon); 3, campo del mariscal gobernador; 4, Abudid; 5, posiciones ocupadas por la brigada Barbaki (division Mac-Mahon); 6, Taguermun-Haddaden; A, estado mayor general; B, tienda del general de Tourville, comandante de estado mayor general; C, oficina politica.

rado su alimento. Grandes provisiones de víveres, cebada y leña se han formado en Suk-el-Arba á fin de asegurar la subsistencia de las tropas que habrán de quedar en ese punto.

» Cerca de Siku-Meddur hay talleres para recoger el forraje necesario para la guarnición de Suk-el-Arba.

» En una palabra los veinte días que el cuerpo expedicionario acaba de pasar en estas posiciones se han empleado útilmente; cada cual ha dado pruebas de actividad y celo.

» Sin duda tendremos aun que visitar otras tribus, pero el ardor de nuestras tropas es tan grande que tengo plena confianza en el triunfo de nuestras armas.

» Recibid, etc.

» *El mariscal gobernador general de la Argelia,*

» RANDON. »

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN LA RECEPCION PUBLICA DE DON CAYETANO ROSELL.

Discurso de don Antonio Benavides.

(Continuacion).

Largo de enumerar sería el catálogo de documentos de aquella tristísima época, en los cuales se pintan con los mas naturales colores los males sin cuento que aquejaban al reino; « los embajadores de Carlos de Borgona exhortaban al rey á considerar cuántos excesos se cometian » en sus reinos, cuánto menosprecio habia de la justicia, cuántos robos se hacian del patrimonio real, » cuánta licencia tenían los malhechores. Y que esto » era tan notorio á todo el mundo, que todos se dolian » de ver á Castilla que así habia caído de su gloria antigua. » En la amonestación que los grandes y muchos obispos, con irreverente audacia, hicieron al rey, y enviaron de ella traslado al papa, se hacia mención « de » la estirpe fingida por el monarca, á la cual queria dar » la sucesion de aquellos reinos, la maldad de sus costumbres, el menosprecio de la religion cristiana, el » amor que á los moros tenia, el quebrantamiento de » las leyes, la alteracion de la moneda, el no oír de los » querellantes, la general licencia que á los crimenes y » pecados daba, la disolucion de la disciplina militar, » la persecucion de las iglesias, la toma de las doncellas, la aprobacion de los maleficios, el odio que á los » buenos habia, la fe que daba á los adivinos » y otras cosas que refiere con su puntualidad acostumbrada el fiel cronista Alonso de Palencia.

Paulo II, que á la sazón ocupaba la silla de san Pedro, amonestaba al rey, diciéndole, con menos caridad que á su apostólica condicion convenia, y con atrevimiento impropio del que habla á un soberano independiente: » haber personas en vuestro palacio e cerca de vuestra » persona infieles enemigos de nuestra santa fe católica, en especial que creyen e afirman que otro mundo no hay, sino nacer e morir bestias, e por consiguiente la abominacion y corrupcion de los pecados » abominables, dignos de no ser nombrados, que corrompen los aires e destacen la naturaleza humana, e » otros muchos pecados: sus justicias e tiranias son aumentadas en tiempo de vuestra señoría cuales no fueron en los tiempos pasados; pero lo que al presente » requiere muy acelerado remedio es la opresion de » vuestra real persona en poder del conde de Ledesma, » pues parece que vuestra señoría no es señor de sí, ni » atiende á lo que la razon natural vos enseña; el cual » no temiendo á Dios, ni mirando las grandes mercedes » que de vuestra alteza recibió, ha deshonrado vuestra » persona y casa real, ocupando las cosas solamente á » vuestra alteza debidas. » Las cosas, llegadas á este punto, en que naturales y extraños hablaban con imponente descaro; humillado el rey, alzados los grandes, lanzando el papa amonestaciones, que mas bien eran fulminantes anatemas, era claro que la nube, preñada de fuerte vendaval, descargaria bien pronto sobre la infeliz Castilla. No tardó mucho en verificarse tan funesto acontecimiento; que no en balde se habla con menosprecio de la persona del monarca, y no en vano ocupa la atmósfera el viento que trae las revoluciones. Entré Cabezón y Cigales celebróse un concierto, al cual suscribió el infeliz Enrique, sujetándose, cual lo exigieron los malcontentos, á la sentencia de jueces árbitros nombrados por ambas partes.

El que de esta suerte abdicaba la corona, indigno era de llevarla; diadema tan preciada, que habia ornado las sienas de Alfonso VI, de San Fernando, de Alfonso X, de Sancho el Bravo y de Alfonso XI, cayó de su inmensa altura, en 1463, en Avila, y rodó por el suelo con mofa y escarnio de las gentes, dando principio á una guerra, no terminada hasta que los reinos de Castilla, unidos con el Aragon bajo el imperio de los Reyes Católicos, lanzaron á las costas africanas á los mahometanos, después de la mas seguida y constante guerra y mas perseverante política de que hablan las historias.

Los grandes acontecimientos que en los momentos solemnes por que pasan los reinos tienen lugar en dias de zozobras y de inquietudes, vienen acompañados siempre de unos mismos síntomas, y su desenlace en todos es igual ó sumamente parecido. Ni Augusto, ni Carlo Magno, ni el Santo Rey, ni Alfonso X, al dar el primero la paz al mundo, los dos últimos al dar un gran paso en la union de las coronas castellanas y al echar los cimientos de la nueva legislación, llevaron á cabo su propósito solos y aislados; á obras de tal tamaño concurrieron gran número de hombres eminentes, honor de

su siglo, acrisolados por su valor, célebres por su ciencia, dignos en fin del lauro con que las generaciones posteriores han aplaudido su memoria. De la misma suerte al lado de los Reyes Católicos florecieron insignes varones, cuya excelencia en todos los ramos del saber humano es reconocida por los escritores contemporáneos y ensalzada con justísima razon hasta nuestros dias. Admiran los jurisconsultos en los tiempos actuales la suma laboriosidad y la crítica segura de los doctores Montalvo y Galindez. Los aficionados á los estudios históricos, la exquisita diligencia, el delicado pincel, la elegancia de Bernaldez, Pulgar, Gonzalo Fernandez de Oviedo, Diego de Valera y Diego de Almela. Y ¿quién aventajó en las letras humanas á Lebrija, Alonso de Palencia, Rodrigo Santaella y Juan de la Encina?

Y ¿qué diré, señores, de la virtud, ciencia y santidad de Hernando de Talavera, de quien decia Marineo que la ciencia igualaba á la sabiduría; del comendador de Hornachos, ayó de uno de los príncipes mas cumplidos, fresca y lozana flor, agostada y perdida en los primeros albores de la juventud; del valeroso y prudente capitán Fr. Nicolás Ovando, capitán general de las Indias y fundador de Santo Domingo en la Española? Y ¿qué de tantos y tan preclaros capitanes, unos de egrégia progenie, otros cuyos inmarcesibles laureles abrieron las puertas del templo de la fama, y origen y fundamento de casas ilustres hoy, que robustecieron el antiguo patriado castellano, conquistando en una campaña, y á veces en un dia, un claro nombre y eclipsando las glorias de esclarecidos y antiguos linajes? El marqués de Cádiz conquista Alhama; el de Tarifa añade á sus proezas los conocimientos adquiridos en largos viajes; Don Sancho de Castilla defiende la plaza de Salsas contra todo el poder del francés; el marqués de los Velez, ilustre en letras, pelea contra el de los moros, mientras el heredero de la casa de Alba muere gloriosamente en la jornada tristemente célebre de los Gelves. Eclipse á todos por su ardimiento heroico, por sus hechos fabulosos y por ser el renombrado caudillo que ilustró el arte militar hasta un punto entonces desconocido en la Europa, Gonzalo Fernandez de Córdoba, el gran capitán, espejo de caballeros, prez de España, esplendor de su siglo. Y ¿cómo no mentar en esta corte de tan cumplidos caballeros, en esta generacion gloriosa de tantos héroes y de tantos sabios, aquel á quien la posteridad ha colocado en el mas honrado y alto lugar, al insigne Cristóbal Colon, al genovés oscuro y modesto, al que las gentes tenían por loco solo porque alcanzaba su entendimiento lo que el de todos los demás no alcanzaba, porque hablaba de cosas que nadie entendia, y de países que persona humana habia siquiera adivinado? Bajo tan felices auspicios, con elementos tan poderosos, guiados por una reina de tan eminentes cualidades, adalides tan valientes, políticos tan consumados, varones tan sabios, despertó la España de su letargo; á la traicion sucedió la lealtad, á la cobardía el valor, el orden á la turbacion, la sabiduría á la ignorancia; los vestigios de las pasadas guerras desaparecieron; el porvenir de los pueblos castellanos, grande, lisonjero, magnífico aparecía en lontananza; y el pabellon español, el lábaro de Constantino, radiante y ondeando sobre las cimas del Chimborazo, fué saludado por mil pueblos y naciones diversas, de castas opuestas, de colores varios, de costumbres desconocidas.

Y ¿quién era, señores, el ministro maspreciado de la gran Reina, su consejero en aquella época de verdaderos prodigios, en los dias gloriosos que, ofreciendo á la vista de los contemporáneos tan prontos y magníficos resultados, han dejado á la posteridad un tan cuantioso legado de admiracion y de respeto? Un pobre religioso franciscano, á quien Dios, por sus inescrutables juicios, hizo salir de la austeridad de la vida contemplativa para fundar un grande imperio, y guiarlo por la derecha via al puerto de salvacion y de ventura. En el corazon de tan insignes varon se anidaban la fe que salva, la perseverancia que fortalece, y la razon que ilustra. Poseia la fe de san Pablo y la ciencia de san Agustin, las virtudes de un santo, el valor de un guerrero y la razon y prudencia de un hombre de Estado. Pobre desvalido, habia visitado la ciudad eterna, y admirado en ella las grandezas de nuestra religion; y de allí volvió á su patria consolado en sus aflicciones, mas firme que antes en sus creencias, y con la gratitud en su corazon, sin que sus labios dejasen de proferir bendiciones al Pontífice, que tan bien habia sabido interpretar sus generosos sentimientos. En su patria le esperaban la persecucion y la pobreza, que sufrió con resignacion evangélica, sin el orgullo que desvanece y anula las mas grandes dotes del entendimiento, pero tambien sin la bajeza que humilla. Sus virtudes y su mérito le elevaron á las mas altas dignidades de la Iglesia y del Estado, y fué director espiritual de la Reina, y arzobispo de Toledo, y cardenal, y ministro, y gobernador de los reinos, y habló y trató con los reyes y los príncipes, y su voz fué oída, y sus consejos adoptados, y en medio de tanta grandeza, ni el eco de la lisonja perturbó su clara razon, ni la púrpura de que se hallaba revestido deslumbró su vista, ni la fortuna, que favoreció sus proyectos, perjudicó su modestia. Escasas sus necesidades, grande su espíritu, no fundó pingües mayorazgos para su familia; y lo que á su persona y modesto vivir regateaba, consumialo, no en objetos de vanidad póstuma, estériles y sin recompensa, sino en magníficas empresas, imperecederas por su utilidad, grandes por su fin, y de eterno renombre en nuestros anales. Campea entre todas la conquista de Oran, que, con sus propios recursos, con perseverancia singular y con valor heroico venciendo siempre increíbles obstá-

culos, llevó á felice cima aquel venerable arzobispo. A examinar bajo todos aspectos este fausto acontecimiento, brillante página de la historia nacional, va encaminado el discurso del señor don Cayetano Rosell, que ha cautivado la atencion de esta respetable corporacion y la del auditorio que nos escucha. ¿Podré yo conseguir, siquiera por breves instantes, la misma atencion? Gran confianza tengo en vuestra benevolencia. Supla ella la cortedad de mi poco ingenio.

Señores: al llevar nuestras armas al Africa, después de lanzados tan mortales enemigos como eran los mahometanos á aquellas inhospitalarias playas, ¿qué política era la del gran cardenal? ¿Qué objeto tenia al conducir sus numerosas huestes? ¿Qué sentimientos abrigaba su corazon? ¿Era tal la saña de los cristianos contra los moros, que no contentos los primeros con una guerra de siete siglos, pretendian prolongarla indefinidamente, buscando á los segundos hasta en sus tierras, destruyendo sus hogares y de proyecto en proyecto, á cual mas belicoso, continuar exterminando la raza y acabar de una vez con el poderoso imperio de los turcos, á la sazón verdadero gigante de la Europa, que amagaba tan pronto herir el corazon de la cristiandad atravesando el Danubio como el Mediterráneo, y siempre con perfidia, y siempre con artes dañosas, y siempre con desdoro de las potencias católicas del mundo civilizado? Ardua era esta empresa, difícil y peligrosa, pero noble y atrevida. En mas de una ocasion el gran Cisneros concibió el pensamiento de llevar la guerra santa á Oriente, renovando en el siglo XVI el ejemplo que dieron los papas en el XI y XII; pero estos buenos deseos quedaron sin comienzo de ejecucion. No eran unas las circunstancias en tiempos tan apartados; la España sola era impotente para tan colosal hazaña; y por la Europa corria ya el viento de las revoluciones, que amenazando tempestades, llenaron de luto y de sangre los ámbitos del mundo. No tardó mucho en que el rayo disparado desde un convento y por un fraile oscuro prendiese en los combustibles hacinados, y formando terrible hoguera, sus fuegos alumbraron á la Europa por el largo espacio de un siglo. Pero la fe de aquel santo varon, abandonada ya la primera intencion por imposible y temeraria, le hizo fijar la vista en las playas africanas, contrapuestas á las nuestras, sin que hubiese mas obstáculo que allanar para la comunicacion de ambos reinos que el paso del mar Mediterráneo, de fácil y corta travesía.

Aquella tierra adonde la piedad de san Luis le llevó á exhalar el último aliento; aquella tierra que habia oído la palabra de san Cipriano y de san Agustin, que habia ocupado la activa política de los romanos; aquella tierra de tan ventajosas condiciones para la civilizacion, como causadora de tantos males para la Europa, y sobre todo para el nombre de Cristo, debia fijar la atencion del obispo, del guerrero y del hombre de Estado. La fe, aunque muy viva, el sentimiento religioso, aunque profundamente arraigado en el corazon de Cisneros, no fueron los únicos móviles, ni fueron tampoco los únicos resultados que el venerable arzobispo se propuso, al llevar nuestras armas, vencedoras ya en Italia, á conquistar nuevos laureles en el Africa. Política profunda, constantemente seguida por todos los pueblos, es la de impedir al enemigo el desarrollo de sus fuerzas, es la de llevar la guerra al país de donde se teme.

Los reinos de Castilla y de Aragon estaban completamente libres de enemigos; las capitulaciones de Granada habian concluido con el poder mahometano; pero dentro de las ciudades, en los campos, y albergados en lo mas escabroso de los montes, residia un pueblo vencido que conseraba con feroz entusiasmo sus primitivas creencias, y que al odio á los españoles, á la aversion que profesaba al cristiano unia ahora el despecho de la derrota, lo inmesurable de la desgracia cuando es eterna. Los deseos eran comunes, las tramas diarias, las inteligencias continuas entre los moros de la costa y los de Africa; andando el tiempo, los mismos acontecimientos acreditaron cuán en peligro habia estado la conquista de los Reyes Católicos, y como los extranjeros, y aun los naturales que andaban por causas ocasionales en servicio del rey, tomando por instrumento á los moriscos, amenazaban la tranquilidad de los reinos. Aislar á aquellos en las comarcas que ocupaban, quitándoles toda comunicacion con las partes del Africa, evitar de este modo que llegasen auxilios y consejos, poblar de gente española toda aquella region, fundar establecimientos marítimos y comerciales, era la política mas humana, mas prudente, mas fecunda, que podía abrigar el pensamiento de un hombre previsor.

En esta nuestra edad, en la que tanta experiencia hemos alcanzado los que en ella vivimos, no podemos menos de admirar la política de nuestros mayores, considerando cuán ventajosas consecuencias, qué resultados tan magníficos hubieramos tocado si todos los que han empuñado el gubernalle de la nave, unos con próspera, otros con adversa fortuna, hubieran llevado á cabo con la perseverancia que esta clase de empresas demanda, política tan acertada, y en la que estaba encerrado el porvenir de un grande imperio y de tantas y tan satisfactorias consecuencias. La sangre española, derramada á torrentes en Italia y en Flandes, tal vez se hubiera ahorrado en su mayor parte, y cuando no, tan costoso sacrificio hubiera encontrado satisfacción cumplida con la conquista de la parte septentrional del Africa.

Nuestro territorio hubiera tenido glorioso ensanche, merced á ricas y florecientes colonias, fáciles de fundar, y mas fáciles todavía de conservar; las bárbaras correrías de los corsarios berberiscos no hubieran costado tantas lágrimas ni tanta deshonra á la Europa; nuestra santa religion, ensanchando los límites de la civilizacion

moderna y suavizando las costumbres de pueblos bárbaros, hubiera hecho de dos partes del mundo una, con hábitos, costumbres y tendencias conformes. Entonces, una medida de gobierno, quizás necesaria, pero muy dolorosa, se hubiera evitado con gran provecho de la población, de las artes y de la industria de los reinos. Lepanto, la gloria de Don Juan de Austria, el triunfo señalado de las armas cristianas, que hundió el pabellón musulmán en lo más hondo de los mares del Adriático, y desde cuyo instante comienza la decadencia visible del imperio turco, hubiera tenido grandes y muy provechosos resultados. ¿Quién sabe, señores, hasta qué punto hubiera sido fecunda aquella política, qué de bienes, qué de felicidades no hubiera alcanzado la noble gente ibérica, cuyo deseo de gloria en aquel entonces era insaciable, cuyas hazañas fueron fabulosas, y son hoy admiración del mundo?

Nosotros dimos los primeros pasos; la política española desde muy remota época indicó a la Europa el camino que debía seguir. Por desgracia, olvidando la razón de estado de los hombres más ilustres, más atinados, más prudentes del reinado de los Reyes Católicos, perdimos el derrotero, y empeñados en conquistas lejanas, aunque muy populares por lo increíbles y maravillosas, y en mantener la dominación de reinos y pueblos europeos, enclavados en territorios ajenos, vimos desaparecer toda nuestra grandeza, y cuando, al cabo de dos siglos, los países, ó conquistados ó heredados, recobraron su independencia, la España era un yermo; no quedó en tan grande desolación más que la memoria de lo que fué, y solo ella bastó todavía para inspirar respeto y temor a los enemigos.

Señores, este deseo de invadir el Africa, esta intención de conquistar países tan dilatados, se remonta a tiempos muy lejanos en nuestra historia. Es verdad que entonces, ni mucho después, pensamiento tan útil á la par que grande y honroso, fué explicado ni comentado, ni, como ahora decimos, formulado; pero existía en la mente de los que lo intentaban y en la conciencia de todos. Sucedia con esto lo que con las ciencias, que existen antes que la fórmula por la cual se comprenden y se enseñan. Homero, el gran poeta, existió antes que Aristóteles, y los oradores griegos y romanos no necesitaron de las reglas de Quintiliano para conmover con sus arengas al Areópago y al Senado, y de política no se escribió sino mucho tiempo después que de los pueblos se regían por usos, costumbres y leyes. El arte y el estudio clasifican, ordenan, determinan, aclaran, pero no crean; esto solo es dado al poder de Dios.

En los gloriosos tiempos del santo rey Don Fernando creían muchos como cosa hacedera y aun fácil cortar la retirada á los moros de la Andalucía conquistando el litoral de Africa. Y no es extraño que el santo Rey abrigase con cariño una idea que á sus ojos se presentaba como el límite natural de sus empresas y la deseada esperanza de todos los españoles. Lanzado desde el principio de su reinado en el camino de las conquistas, desde Cuenca había ido paso á paso y sin interrupción, ya dirigiéndose á Levante, ya tomando la vía del Poniente, asediando comarcas, rindiendo ciudades, destruyendo fortalezas, guarneciendo presidios, hasta llegar bajo los muros de la ciudad de Granada. El santo Rey oyó el último gemido de la reina de las ciudades árabes de Andalucía, de la rival de la Meca, de la capital del imperio de Abderraman, y tomando antes las fortísimas torres de Jaen, Ubeda y Baeza, le abrian las puertas, y el adelantamiento de Cazorla, frontera de los moros, se quedaba muy tierra adentro de los cristianos; y por último, enderezando su camino derecho á la populosa Sevilla, cambiaba en lo alto de sus ricos minaretes la media luna por la cruz de Cristo. La fe le animaba, la fortuna le sonreía, la esperanza aliviaba el peso de sus cuidados y trabajos; pero la muerte vino á interrumpir sus triunfos y á dejar olvidados sus proyectos. No lo fueron tanto, sin embargo, que muy á los principios del reinado su hijo y sucesor Don Alfonso el Décimo no tratara de ponerlos en ejecución. Para llevarlos á cabo con toda seguridad renovó la antigua alianza con el rey moro de Granada, y la estableció con algunos príncipes infieles de los que dominaban en el Africa.

Preparado ya para la empresa, dió cuenta al Pontífice Inocencio IV, suplicándole aprobase la confederación que pretendía ajustar con los moros, para evitar, según dice Mondejar, el recelo ó escrúpulo que raras veces dejan de producir semejantes alianzas entre infieles y católicos. El sumo pontífice oyó benévolo las preces del rey, y en un breve, dirigido al mismo príncipe, le prometió confirmar las alianzas que había hecho con los moros, pues eran para la mayor gloria de Dios y honra de su Iglesia; y en el mismo día ordenó á los obispos de Cartagena y Zamora enviasen en socorro del rey, que estaba para ir contra los moros de Africa, varones religiosos para que administrasen los sacramentos, y clérigos que siguiesen sus ejércitos, pues que se trataba nada menos que de ensanchar los límites del imperio cristiano y adquirir nuevos súbditos á la Iglesia. Y por otro breve, dirigido á los mismos obispos, les encargó que si hubiese logreros ú otros que se hubiesen apoderado de hacienda ajena, y arrepentidos desearan volver á la gracia divina, y no pareciesen los dueños á quienes se había de restituir, diesen facultad á los sacerdotes que señalase el rey para que pudiesen aplicar aquellos mismos bienes á gastos y salarios de aquella sagrada expedición.

Confiado ya el rey con los breves de su santidad, aprestóse para el viaje, y mandó labrar, antes de hacer otros preparativos, en la ciudad de Sevilla una suntuosa Atazana, admirable por su arte, para asegurar en ella las

galeras y navíos de las tempestades y vientos del Austro, que infestaban aquellos parajes de continuo.

La guerra que movió contra Portugal pidiéndole la restitución de las plazas del Algarbe, de que le había hecho donación el rey Don Sancho Capelo, suspendió la ejecución de tan santo propósito. Pero los aprestos seguían, los puertos de Vizcaya daban claro indicio de que no estaba olvidado el pensamiento del santo Rey, y si otro testimonio no hubiese, el breve de su santidad, despachado en Perusa á 4 de los idus de enero, año X de su pontificado, nos sacaría de toda duda. Oderico Rainaldo con este motivo dice: « Apresuraba en España Alfonso, » rey de Castilla y de Leon, la expedición en Africa, que » tenía premeditada su padre Fernando, habiendo man- » dado prevenir algunos años antes una armada en las » costas de Vizcaya. » A los piadosos deseos del rey correspondió el Pontífice, mandando á los superiores de la órden de los predicadores y de la de los menores del reino de Castilla, exhortasen por sí mismos ó por medio de sus más virtuosos y elocuentes religiosos á los pueblos á que siguiesen las banderas de la cruz, prometiendo de parte de Dios á los que fuesen á esta empresa, ó contribuyesen á ella con su hacienda, el perdón de sus pecados. El mismo pontífice expidió otro breve dirigido á los superiores de las religiones de Santo Domingo y San Francisco del reino de Navarra, para que procurasen conmover los ánimos de los naturales, y prosigue Oderico Rainaldo: « Como en esa expedición se intere- » sase la causa de Cristo, juzgó su vicario serian muy » bien empleadas en ella las riquezas de la Iglesia, y así » dió licencia se contribuyese para esto al rey Don Alon- » so, por tres años, con la tercera parte de las rentas de- » cimales, destinada para la fábrica y reparación de las » iglesias. Y porque en el arzobispado de Compostela no » era estilo dejar cosa alguna de los diezmos para la fá- » brica, mandó que de las demás rentas de las iglesias » se cobrase la misma cantidad, y se entregase al rey » para los gastos de aquella guerra. »

No contento con esto el piadosísimo Inocencio, mandó publicar la cruzada, según costumbre habida desde las guerras de Oriente, y por lo dispuesto en el Concilio Luddunense, al que asistió el papa Urbano II. En otro breve, despachado en Anani á principios de agosto, dice el mismo Inocencio: « Respecto de haber mandado pre- » dicar en España la cruzada contra los moros de Africa, » tomamos debajo de la protección de san Pedro y la » nuestra las personas y haciendas de los cruzados que » pasasen á aquellas partes con nuestro carísimo hijo en » Cristo el ilustre rey de Castilla y de Leon, ó con su » lugarteniente, mandando que hasta que se tenga noti- » cia cierta de su muerte ó de haberse venido no se les » inquiete en cosa alguna, y permanezcan debajo del » amparo de los arzobispos, obispos y demás prelados » de la Iglesia. » Tan santa intención, tan buenos deseos, quedaron otra vez paralizados por la desavenencia que acaeció entre el rey Don Alonso Décimo y su suegro Don Jaime de Aragon.

Muerto el papa Inocencio IV, y electo 14 días después Alejandro IV, á fines del año de 1254, no habían trascurrido seis meses desde su elevación á la silla de San Pedro, cuando expidió un breve, que lleva la fecha del 12 de mayo siguiente, dirigido á don Lope, obispo de Marruecos *in-partibus*, en el cual se lee: « Nuestro cari- » risimo hijo en Cristo, el ilustre rey de Castilla, celador » de la fe católica y del pueblo cristiano, pretende pasar » personalmente ó por medio de su lugarteniente, y con » copioso número de gente de guerra, según por parte » suya nos ha sido insinuado, contra los moros de Afri- » ca, enemigos de la cruz de Cristo y del nombre cris- » tiano. Y porque para semejante empresa le será de » provecho el socorro de los fieles de Cristo, conce- » sá á su paternidad, en virtud de las presentes, li- » facultad de predicar en España y en Gascuña la » exaltación de la Cruz, ya por sí mismo ó por medio » de otros varones idóneos, y el perdón de los pecados, » que se concede por el concilio general á los que dan » socorro y ayuda á la Tierra Santa. » Proyecto pensado con tanta madurez no pudo llevarse á cabo por las complicaciones gravísimas que ocurrieron en el reino.

La casa de Lara, uno de los cuatro solares más antiguos de Castilla, pujante en armas y en vasallos, rica con los despojos de las guerras, y todavía más con la munificencia de los soberanos, con menos patriotismo que á lo noble de su alcurnia correspondía, y con más ambición que patriotismo, encendió la hoguera de la guerra civil, de larga duración y de consecuencias deplorables. Apenas mal apagado este fuego, encendiéndose otro, consecuencia del mismo, y fueron causa y parte muy principal los mismos hijos del rey, con lo cual, alterado el reino y dividido en parcialidades, apenas quedó tiempo para pensar en otra cosa que en apaciguarlas.

Vivo también el pensamiento de los reyes de la casa de Aragon en la conquista de Africa, en los tiempos de Don Jaime el Primero se vislumbraban ya tan religiosos como políticos proyectos. Reunidas las Cortes en el antiguo palacio de los condes de Barcelona por mandamiento expreso del monarca, trataron de la conquista de Mallorca. En aquella reunión se expusieron por causas legítimas para emprender la expedición, que al fin fué coronada con el éxito más venturoso, no solo las que movían entonces á todo fiel cristiano á pelear contra los moros, sino también las que precavían males y daños futuros, las que regularizaban la guerra, haciéndola menos duradera, asegurando al mismo tiempo los países conquistados. Están situadas las islas Baleares en el mar Mediterráneo, entre Africa y España; llave, por decirlo así, de uno y otro continente. El dueño de tan favorable posición puede con facilidad penetrar en Africa y defen-

der el litoral de España, y esto decían y á esto encaminaban sus miras los ricos hombres, los barones y prelados aragoneses al aconsejar al rey la conquista de Mallorca.

Las continuas desavenencias entre los reyezuelos de Africa, seguidas siempre de guerras y desposeimientos, cobraron mucha fuerza en tiempos del gran rey Don Pedro de Aragon. No solo peleaban entre sí los distintos linajes, sino que también los individuos de una misma familia se entretenían en asolar los campos, quemar los panes, entrar á sacó las ciudades, rendir fortalezas, y por último, usurpar unos á otros las coronas. Uno de estos exiguos monarcas, que lo era de Constantina, acosado por el usurpador de Túnez, que había quitado el cetro y la vida á su legítimo poseedor, envió mensajeros secretamente al rey de Aragon, ofreciéndole entregar á Constantina si le socorria con 800 caballos y 10,000 peones, desembarcando en Alcoll, á 10 leguas de su corte. Acogió el rey Don Pedro los mensajeros con muestras señaladas de gran contentamiento, y haciendo de pronto sus preparativos, el tiempo le parecía corto para el embarque de sus bien dispuestas huestes. Allegó gente valiente y endurecida en la fatiga y hecha á la guerra, y no eran los menos valerosos los almugárabes y adalides de la frontera de Valencia y Murcia, y los golfines que estaban en el puerto del Muradal. Llegó el rey con su ejército á Alcoll; diera la noticia de su llegada una saeta despachada con tiempo por el almojarife de Menorca, con lo cual quedó en parte frustrada la intención del rey.

Y como las cosas habían cambiado de aspecto en aquella parte del Africa, como Constantina estuviese ya en poder del enemigo, como el rey á quien iban á favorecer, desposeído y muerto alevosamente, no pudo Don Pedro completar su obra, dado que bien mostró su intención. No se dió por vencido, sin embargo. Desembarcó sus tropas, fortificó aquel lugar de la costa, desafió todo el poder de los tunecinos, venciólos en varios encuentros, en los cuales el conde de Pallares y otros caudillos tuvieron ocasión de mostrar su generoso ardimiento.

Como la fortuna parecía sonreír al monarca aragonés, no pensó en la retirada, antes al contrario su osadía llegó á punto de creer fácil la conquista de toda la Berbería. Envió con tal motivo sus embajadores al papa, pidiéndole socorro y ayuda, por ser el asunto grave, mucha la utilidad que la cristiandad reportaba, y poca la gente para tan vasto plan. Era sucesor de San Pedro á la sazón el papa Martino IV, francés de nación, cardenal de Santa Sicilia, y antes Simon del Torso. En mala coyuntura llegaron los embajadores. Recibiólos con cortesía el pontífice, pero de todo punto desahuciados en cuanto al socorro que pedían; y la cosa, sin embargo, era muy natural. Por aquél tiempo había ocurrido en Sicilia el levantamiento, tan sangriento como conocido en la historia con el nombre de Vísperas Sicilianas, y verificado á causa del odio que los naturales tenían á los franceses y á su rey Carlos. Profesaba á este gran amistad el pontífice, el cual miraba con prevención á la casa de Aragon, con lo que los embajadores se retiraron muy despagados, y acompañados de otros embajadores sicilianos, que fueron al Africa á ofrecer á Don Pedro la corona de aquella isla. Aceptóla el rey, reembarcó sus huestes henchidas de botín y no escasas de gloria, no sin haber hecho tributario al rey de Túnez, que se dió por muy servido con ver partir de sus tierras á aquellos incómodos huéspedes.

(Se continuará)

Los Beni-Raten.

El Tizi-Uzu es en la dirección de Argel á Bugía la verdadera puerta de la Kabilia; es el más fácil de todos los puntos por donde se pueda penetrar en ese país. Así lo reconocieron los romanos, y ya en su tiempo se hallaba atravesado por una carretera que les servía para contener á los montañeses Djerjerianos.

El nuevo establecimiento de Tizi-Uzu, el punto de apoyo más importante de las operaciones militares era hace poco tiempo aun una simple casa de mando; hoy bajo la influencia de circunstancias pasajeras, es cierto, ha llegado á tener casi la importancia de una ciudad, y se encuentra en relaciones directas con Argel por un servicio regular de carruajes; la distancia es de 95 kilómetros.

Si de Tizi-Uzu se mira hacia el Oriente, la vista descubre todo el hermoso y ancho valle del Ued-Sebau que corta, digámoslo así, la Kabilia en dos partes; á la izquierda el confin es la larga cadena litoral que va de Delhi á Bugía; á la derecha están los últimos ángulos de todos los contrafuertes que envían á lo lejos las altas cumbres del Djerdjara, y las mesetas del territorio de los Zuaua con sus barrancos y escarpados declives.

Entre las poblaciones instaladas por esas vertientes se encuentran los Beni-Raten. Su territorio, limitado al Norte por el Ued-Sebau, estrechado al Este y al Oeste por dos afluentes de este río, no tiene mucha extensión; representa cuando más 16,000 hectáreas. La parte más alta del país está al Sur; es una cresta bastante larga cuyo punto culminante se conocía con el nombre de Abu-Did, y de donde parten dos cordilleras secundarias que alejándose una de otra hasta su término, dan al aspecto general del suelo la forma de una Y inclinada á la izquierda. He dicho al principiar que el Tizi Uzu era una de las puertas de la Kabilia; los Beni-Raten, cuyo territorio principia á ocho ó diez kilómetros de

allí, se consideraron siempre como sus guardas en todas las épocas de su historia, y preciso es decir que supieron llenar este papel voluntario.

Hé aquí lo que de ellos dice un escritor árabe del siglo XV, Ibn-Khaldun:

« Los Beni-Raten ocupan con los Beni-Frausen, sus vecinos, las montañas situadas entre Bugía y Delhi. Es un retiro adonde no se llegasin muchas dificultades, y que se defiende fácilmente; por eso se burlan del poder del gobernador de Bugía, y solo cuando les conviene pagan el impuesto. En nuestros dias se mantienen sobre una cumbre elevada y desafian á las fuerzas del sultan, aunque reconocen su autoridad. — Su nombre figura en los registros de la administracion como el de una tribu sometida al impuesto.

» Bajo la dinastía sanhadjiana ese pueblo ocupaba un puesto distinguido tanto en la paz como en la guerra. Habia merecido ese honor mostrándose fiel aliado de la tribu de Ketama desde el principio del imperio fatemida.»

Es verdad que en aquella época eran mas poderosos que en el dia. Ya hemos dicho cuál es la extension de su territorio; es todo lo que les han dejado las guerras

intestinas y las conquistas de los turcos. Sobre esa superficie viven en 31 aldeas 20 á 22,000 almas que cuentan unos 7,000 infantes armados.

Pocas eran sus fuerzas contra los franceses; así el país quedó dominado al cabo de algunas horas de enérgico combate. A esta hora los Beni Raten han abandonado toda idea de independencia y la construcción del fuerte Napoleon en el centro de su país les dará á conocer que deben resignarse.

La tribu ha dado en rehenes de su sumision sesenta y dos hombres que han sido encerrados en la fortaleza Bab-

no es el de la llanura donde todo es fácil; allí es preciso luchar contra una naturaleza que hace pagar muy caro lo que da con escasez suma; es preciso armarse de paciencia y de valor; de ahí proviene el carácter distintivo del montañés que adquiere á costa de sudor, pero que conoce muy bien el precio de lo adquirido, y que acostumbrado á superar los obstáculos y alentado por la posición, confunde su trabajo en breve con la independencia de acción que necesita y que defiende enérgicamente.

M. C.



Expedicion contra la Kabilia. — Rehenes de los Beni-Raten, detenidos en el fuerte Bab-Azun, en Argel.



Haussimu Kassi.



Said-Ali.

Jefes influyentes de los Beni-Raten, que forman parte de los rehenes.

Congreso de la Sociedad de botánica de Francia en Montpellier.

Habiase fijado el 8 de junio para la reunion este año en Montpellier. La posicion geográfica de esta ciudad, sus establecimientos y sus recuerdos científicos, su hermoso jardin de botánica, el mas antiguo de Europa, su rico museo de pinturas, sus bibliotecas y varias colecciones particulares, ofrecian un atractivo al cual era difícil de resistir; por otra parte, si añadimos que para levantar una de las grandes dificultades del viaje, la administracion de los caminos de hierro reducía casi á nada el precio de los artículos para los botánicos que desearan marchar á Montpellier, se comprenderá que la reunion ha debido ser numerosa. En efecto, dícese que salieron de Paris doscientos treinta y nueve viajeros científicos; este número no se componía enteramente de botánicos puros con un *Systema plantarum* en la cabeza; sino que habia tambien médicos, farmacéuticos, herboristas, estudiantes de la ciencia de Galiano y de Hipócrates, jardineros, agricultores, y aun señoras que pintan flores. Sea como quiera, la víspera del día señalado para la apertura del congreso, estaban en Montpellier los viajeros.

Hé aquí ahora por órden cronológico los actos de la sociedad de botánica.

Lunes 8 de junio: — Sesión de apertura, discurso del alcalde de Montpellier para dar las gracias á la sociedad por la eleccion que habia hecho del punto de reunion, y para decir que estaban abiertas todas las colecciones de Montpellier; discurso del señor conde de Jaubert para traer á la memoria los nombres de los hombres que han ilustrado el pais, como Richer de Belleval, fundador del jardin botánico, en tiempo de Enrique IV; Rondelet, Gouan, Magnol, Decandolle, De-lile, Dunal y Requier de Aviñon. M. Jaubert dijo buenas cosas sobre Rabelais, estudiante de Montpellier y botánico.

En esta primera sesión oficial la sociedad nombró la mesa y fijó el programa de sus trabajos y sus excursiones. Impacientes por estudiar la campiña de Montpellier, los botánicos forasteros, guiados por los de la localidad, levantaron la sesión para dirigirse, unos al puerto Juvenal, lugar muy próximo, donde el lavado de lanas extranjeras del Levante ha depositado semillas y creado



Congreso de botánicos en Montpellier. — *Pinus Salzmanni* en Saint Guilhem del Desierto.

por consiguiente una pequeña flora muy singular que ha sido publicada por el docto botánico Godron con el título de *Florula Juvenalis*.

Otros fueron á visitar Grammont, ese barrio donde herborizó Lineo y que llamaba en sus *Amœnitates academicæ*: *Locus mirabili plantarum varietate jucundus*.

En fin, otros viajeros fueron á Lavalette. Estos vieron

murallas; pero el objeto mas interesante para el botánico en esa comarca es un pinar que ocupa 900 hectáreas de superficie en una meseta del terreno. Este monte se compone de una clase de pinos particulares, que por primera vez fueron observados por un botánico alemán llamado Salzmann y muerto en Montpellier hace algunos años.

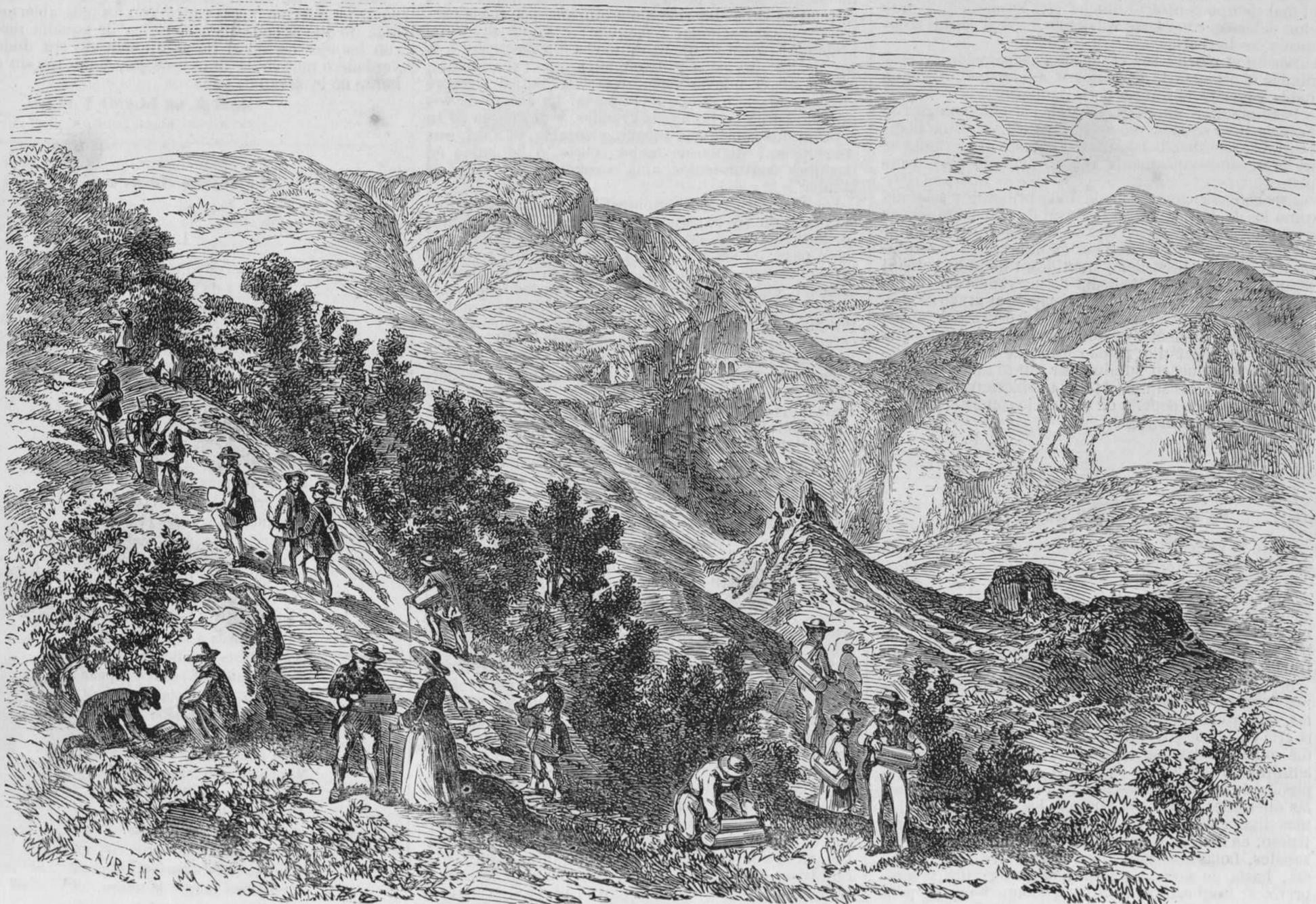
la campiña con todos sus caracteres meridionales; olivares, monte de encinas, cuevas con pinos de Alepo; vieron la tierra mas árida adornada con la graciosa planta llamada *aphyllantes monspelienses*. Siguiendo el rio del Lez, cubierto de *nymphæa* color blanco y amarillo, se sorprendieron al ver entre esas flores las de *Jussieu* y del Aponogeto naturalizadas hace años.

El martes: mientras los pacíficos y moderados se contentaban con las riquezas botánicas de las cercanías de la ciudad y del jardin, los apasionados y los intrépidos, guiados siempre por peritos como los señores Martins, Planchon, Chatin ó Touchy, iban á coger en el picó de Saint-Loup una hermosa peonia particular de esas rocas, un bonito geranio, el *alyssum spinosum*, y muchas yerbecillas que el botánico guarda en sus hojas de papel gris con mas gozo que un avaro guarda los escudos en sus arcas.

Las laderas cubiertas de asfodelo, las rocas llenas de gigantescas *ferulae* y de laureles de Apolo, esas colinas donde se encuentra el mirto; en una palabra, ese barrio de la Magdalena situado entre Montpellier y Cette, y que el pintor y el naturalista pueden llamar *Locus jucundus*, fué el lugar de las herborizaciones del miércoles.

Al otro día se fueron muchos á Cette. Las plantas marítimas de la playa, el espléndido aspecto del mar azul, las ricas colecciones de M. Doumet, alcalde de Cette, descendiente de Adanson; la acogida tan cordial recibida en aquella casa donde todo manifestaba una sincera simpatía por la ciencia, pudieron consolar á estos de no haber ido con los otros á Saint Guilhem del Desierto, lugar de una magnificencia extraordinaria por sus bellezas pintorescas, por su vegetacion y por las ruinas de la abadía que fundó en ese lugar Guillermo, sobrino de Carlo Magno.

En ese desierto la globularia *alypum*, el zumaque, el roble kermes, el alcaparro, salen de las grietas de las rocas y de las viejas



Herborizacion de los miembros del congreso de botánicos de Francia en Saint-Guilhem del Desierto.

El viérnes, día consagrado al descanso, se empleó en visitar el museo de pinturas, varias colecciones particulares, y sobre todo los herbarios pertenecientes á las facultades de medicina y de ciencias. El de M. Delile, conservado por la facultad de medicina, en donde es profesor, cautivó el interés de los botánicos que le examinaban. M. Delile formó parte de la comisión de Egipto; después habitó en la América septentrional, y durante cincuenta años de una vida consagrada al estudio de las plantas, recibió envíos de todos los viajeros que salieron de Spitzberg ó del Senegal. Las notas adjuntas á la mayor parte de las muestras de ese herbario, hacen de él un monumento verdaderamente precioso.

Aquella noche dieron una fiesta los estudiantes de Montpellier á sus compañeros de París, como miembros del congreso de botánica. Después de puesto el sol, en el momento en que la silueta elegante de los pinos y de los cipreses se destacaba aun sobre los cálidos resplandores del crepúsculo, los arcos del invernáculo brillaban con las luces de las lámparas; la juventud más alegre y amable circulaba, en compañía de sus maestros, bajo el follaje exótico de las palmeras, de los plátanos, de los banbinia, los cicas y los pandanos. Los sonidos armoniosos de una banda de música militar, los discursos recíprocos entre los estudiantes de las dos célebres facultades, las palabras de los profesores Martino y Chatin, pronunciadas para rendir homenaje á los instintos de la juventud de las escuelas; todo esto acompañado de exquisitos y abundantes refrescos, daba á la fiesta una animación extraordinaria.

El sábado muy temprano los omnibus trasladaban á todos los hombres científicos á la playa de Maguelona, donde fueron recibidos cordialmente por el propietario; un miembro de la sociedad arqueológica iba explicando la historia de la antigua Maguelona á los forasteros que recogían en sus murallas ruinosas el *chritmum maritimum*, la *clypeola marítima*, y en los pantanos que las rodean, muchas especies de galaxia.

En esa playa arenosa se encuentra la hermosa liliácea, cultivada en los jardines con el nombre de *pancratium maritimum*.

Un mes después sus flores abiertas habrían encantado la vista y el olfato de los botánicos septentrionales.

El domingo por la noche un banquete que se dispuso en el invernáculo del jardín reunió con los doctos forasteros á todos los hombres de Montpellier aficionados á la ciencia; y á fin de que la reunión se prolongara lo más posible, M. Donné, rector de la academia, cuyo nombre es bien conocido en la ciencia médica, abrió sus salones á todas las notabilidades de la ciudad.

El lunes debía emplearse en una herborización general en Agde, donde los terrenos y rocas volcánicas, ricas en hermosas plantas marítimas, habrían excitado mucho la curiosidad de los forasteros; desgraciadamente el mal tiempo contrarió mucho esta excursión, y muchos debieron consolarse volviendo á ver el Jardín botánico y los herbarios.

Por fin el martes fué el día de la separación, y pronunció el discurso de despedida M. Tchatcheff, ruso que habla y escribe el francés perfectamente.

Debemos decir ahora que la sociedad entomológica de Francia tuvo su congreso en Montpellier al mismo tiempo que la sociedad de botánica, y que las excursiones se hicieron simultáneamente con el acuerdo más completo.

Este congreso no ha sido sin duda brillante y solemne como los de Alemania. No llegaron de cincuenta leguas en contorno veinte sociedades de cantantes para ejecutar un oratorio de Händel después de una sesión de comunicaciones y de discusiones científicas; no hubo baile ni serenatas, porque el Mediodía de la Francia no ha llegado y probablemente no llegará jamás al grado de civilización que han alcanzado las sociedades del Norte; pero no por esto hemos de quejarnos de las ventajas que la sociedad de botánica podía esperar de Montpellier. Pocas comarcas pueden suministrar tan grandes recursos á la ciencia, y las simpatías de la población inteligente no han dejado de ponerse en evidencia con los forasteros en esa ocasión memorable.

J. B. L.

El cazador de pajaritos.

Entre la variedad de tipos deliciosos que al espíritu del observador presentan los aficionados á la diversión de la caza, ninguno más digno de estudio que el *cazador de pajaritos*. Todos los demás cazadores palidecen á su lado: sus proezas, fatigas y percances no tienen número, lo cual es tanto más de elogiar, cuanto que, por lo que respecta á sus víctimas, sucede todo lo contrario; son contadas!

Si se quiere ver en su mayor apogeo al tipo de que nos ocupamos, al verdadero tipo del *cazador de pajaritos*, hay que buscarle en las capitales populosas; el que se cria en la corte de las Españas sobrepuja á todos: nadie como él lleva tan lujosos atavíos, ni presenta ese admirable conjunto de sagacidad y prevision que resplandece en toda su persona. Tiene trajes diversos para las diferentes épocas del año, en los que no falta ni la más ligera tilde. Su guardaropa es un almacén monstruoso, en donde no escasea nada, ni aun lo superfluo: zapatos, botas anchas y altísimas, de tres ó cuatro clases, hasta de goma; sombreros, sombreritos y sombrerotes; fraquecillos, levititas y chaquetones de paño burdo que le llegan á los tobillos; vestidos completos

de piel de gamuza; frascos de pólvora, uno para los días de sol, otro para los de aire, uno para cuando hiela y otro para cuando llueve; y siguiendo en la misma gradación, bolsas, cananas, fosforeras, cantimploras, morrales, etc., etc.

Equipado de esta suerte nuestro héroe, en lo que gasta sendas pesetas (para ser *cazador de pajaritos* se requiere tener una posición desahogada), equipado tan brillantemente, repetimos, solo necesita para llenar por completo su misión providencial sobre la tierra una cosa que posee casi siempre á la perfección: ¡no matar! Porque habéis de saber, amados lectores, que el *cazador de pajaritos*, si lo ha de ser en regla, tiene indudablemente que obedecer á la ley natural de su destino, y gastar anteojos, cuyos enormes cristales de color, al mismo tiempo que le preservan del polvo y de los rayos solares, le imposibilitan de ver claramente los objetos y den á su fisonomía todo el realce y atractivo que suelen llamar la atención de los que, por afición á las ciencias naturales, forman colecciones de animales raros, especialmente si son inofensivos.

El origen del tipo que vamos describiendo á grandes rasgos, se pierde en la noche de los tontos más agradables del mundo; pero tal como existe en la actualidad hace concebir la idea de que su raza no ha degenerado, ni desmerecido nada con el trascurso de los siglos. El *cazador de pajaritos* vivirá tanto como la humanidad, es decir, mientras haya pájaros (y no lo tomen por alusión ciertos políticos personajes que todos conocemos, porque nosotros no deseamos andar en dimes y diretes con pájaros de mal agüero).

Pero volvamos á nuestro tipo. Soltero, casado ó viudo, sale al campo acompañado de su correspondiente *adlatere*, especie de guía ó mozo de transporte que lleva los utensilios necesarios para... el estómago, y le dirige con cuidadoso interés por las escabrosidades del terreno que presentan los alrededores de la corte, no sea que le suceda cualquier desgracia. ¡Es tan expuesta la caza de pajaritos, que las familias se hallan con el alma en un hilo hasta que regresa al hogar doméstico el atrevido aventurero, quien (¡véase á lo que conducen las pasiones!) se entretiene en dejar sin hojas á tiros los árboles que circundan la coronada villa; entretenimiento tanto más temible, cuanto que causa grandes sustos á los que filosofan tranquila y dulcemente á sus anchas entre el polvo que levantan los carros de yeso ó de escombros, y las palabrotas y disputas de la gente *sui generis* que juega al cané, ó bebe de lo lindo, desparrañada por acá y por acullá.

Es probable que alguno de nuestros lectores se quede con tamaño boca abierta cuando hagamos la importante revelación de que el *cazador de pajaritos* no es ningun ente insensible y sin raciocinio, sino todo lo contrario: él siente y piensa (¡oh prodigio!) ni más, ni menos que muchos prohombres de Estado, á quienes la estrepitosa silba del ridículo acompaña por todas partes, oyéndose exclamar á menudo: «¡yo no soy comprendido! ¡á mí se me calumnia!» Sin embargo, á la par de los disgustos y desengaños que experimenta, crecen en él nuevas esperanzas: su moral siempre viene vacío; pero eso ¿qué importa? La fuerza de voluntad es hija de las almas grandes, y él guarda en su corazón una constancia inconmensurable, heroica, una constancia... digna de mejor suerte, ó hablando en términos contundentes, una constancia á prueba de bomba.

Las chafalditas de los amigos; las sonrisas de compasión con que los extraños le acosan; las increpaciones, un tanto groseras, de la gente de los barrios bajos al verle pasar de ida ó de vuelta tan horrorendo y reluciente; las reyertas que á cada instante se ve precisado á sostener, dentro de su propia casa, con todo bicho viviente que se abroga el derecho de criticar sus acciones más sencillas, con el loable fin de amargar sus placeres; todo esto, y mucho más que sería prolijo referir, no produce en él otro efecto que aumentar, si cabe, su afición á los alados seres que tan malos ratos le proporcionan; afición que, á pesar de todo, le distrae y consuela de la ingratitude del mundo, solo con ocuparse de sus preparativos para ir de caza, los cuales suelen durar bastantes días; pásansele las horas muertas en hacer tacos, refinar pólvora y limpiar su escopeta ó escopetas, pues por lo común posee varias, de tan diferente hechura y calibre, que no desearíamos de verle con el tiempo armado de un trabuco naranjero, en cuya carga se invierta cada vez una libra de perdigones. Indudablemente, de esta manera sus tiros serían más certeros.

Entre los infinitos goces de que á su modo disfruta, débese contar aquel momento en que, libre ya de trabas enojosas, se pone en marcha con su escopeta al hombro (sobre las diez de la mañana en la época de los frios, y en la de los calores de cinco á seis de la tarde) y entra denodadamente en el Suizo ó en la orchatería, según la estación, bien para entonarse con una buena taza de café y su adjunta la tostada, ó ya para refrescarse con un gran vaso de horchata de chufas. Sin esto el *cazador de pajaritos* carecería en parte de las relevantes cualidades que en él se admiran, faltándole acaso ese donaire, esa perspicacia, ese arrojo con que acomete toda clase de empresas arriesgadas.

La figura más interesante del *cazador de pajaritos* debe ser sin duda alguna aquella que se acerque á su bello ideal, ofreciendo indistintamente, ó las proporciones colosales (mejor dicho estaría *laterales*) del hombre gordo amagado de una apoplejía fulminante, ó las raquíticas del hombre enteco, enfermizo, patizambo y hundido de pecho, cuya juventud es ya decrepita, y cuya simiente tan solo se vende, se compra y fructifica

de un modo lastimoso en las grandes poblaciones.

Queda pues sentado que el *cazador de pajaritos* ha de ser ó muy grande ó muy pequeño, sumamente grueso ó flaco en demasía.

Un proverbio dice que los extremos se tocan, y así es la verdad.

Ejemplo: dos *cazadores de pajaritos*, á quienes cogen de medio á medio las varias apreciaciones que acabamos de hacer, se encontraron el otro día en las afueras de la puerta de Atocha, al revolver de un árbol contra el que habían estado haciendo fuego un buen rato, y sin poder conocerse á causa de la distancia, de la delgadez del tronco y de la pobreza de las ramas; se encontraron, decimos, de manos á escopeta, se saludaron con el plomo y la marcialidad que deben mostrar en todas ocasiones las personas que se dedican al noble ejercicio de la caza sin fortuna.

Su conversación era tan divertida y amena, que dos pajaritos de los perseguidos con encarnizamiento sin igual, vinieron mientras tanto á colocarse respectivamente en la mismísima punta del cañón de la escopeta de cada uno de los cazadores, aprovechando, se entiende, el descuido de estos; y hay quien asegura que los tales pajaritos oyeron atentamente á los dos amigos, entre otras cosas muy chuscas, la singularísima de haber mandado los médicos á uno y otro que se consagraran á la caza, al gordo para que enflaqueciera y al flaco para que engordara. ¡Viva la ciencia!

¿Teníamos ó no razón cuando decíamos que los extremos se tocan? Y esto se prueba no solo con el anterior relato, sino más bien en que el *cazador de pajaritos* es un extremo de la necedad humana, y sin embargo se toca á sí mismo.

No concluiremos este ligero artículo sin advertir que el *cazador de pajaritos* gasta paraguas en el invierno y una tienda portátil de campaña en el verano, afianzando aquel en el cañón de la escopeta, y sosteniendo esta de un modo análogo y por el propio mecanismo; que no usa perro de ninguna clase, pero sí fámulo que hace sus veces; que la modestia de la nulidad es su norte; que no hay ejemplo de que haya emprendido ninguna de sus peligrosas expediciones sin llevar el correspondiente cuchillo de monte, circunstancia que hace formar un concepto ventajoso de sus sentimientos altamente humanitarios, sobre todo desde el instante en que se trata de la conservación y seguridad de su importantísima persona; y por último, que tal cual le hemos descrito pasa los mejores años de su vida sin extralimitarse nunca de las prescripciones que, como antes hemos indicado, le impone el sistema de *no matar*.

Sébase, y esto aumenta su gloria, que el *cazador de pajaritos* observa con admirable religiosidad el quinto mandamiento.

¡Dios le bendiga!

NOTA. Se nos había olvidado decir que el *cazador de pajaritos* duerme (¡cosa rara!) con los ojos abiertos, y caza (lo que es consecuencia lógica de aquella rareza) con los ojos cerrados. Hé aquí explicado sin duda el verdadero motivo de usar anteojos, y de que sin embargo no le sirvan de nada.

MANUEL DE LLANO Y PERSI.

Cadenas de oro.

I.

A la guerra va el buen conde
A la guerra de Granada,
Montado en su potro ojero
Y armado de todas armas.
Llorando quedan sus pages.
Llorando la castellana,
Que se casó con el conde
Aun no hace siete semanas;
Pero el buen conde camina
A donde el honor le llama,
Que orgullosa en la frontera
La media luna se alza,
Y si cristianos guerreros,
Poniendo en su Dios el alma,
La media luna no alaten,
¡Ay de la enseña cristiana!
¡Ay de Leon y Castilla!
¡Ay de Aragon y Navarra!
Ya se acerca á la frontera,
Ya se apresta á la batalla,
Ya embiste al infiel, al grito
de «¡Santiago! ¡cierra España!»
Valeroso lidia el conde,
Valerosa su mesnada,
Cual Pelayo en Covadonga,
Cual Don Alfonso en las Navas;
Mas como cien lanzas tiene
Y el moro más de mil lanzas,
La media luna triunfante
Sobre la cruz se levanta.
Cautivo llevan al conde,
Cautivo para Granada,
Y como en mucho le tienen,
Al rey moro le regalan.

Del conde se ha enamorado
La hermosa princesa Zaida,
Y al rey su padre le dice,
Bien oireis como le habla :
— Padre, si sois el mi padre,
Me habeis de hacer una gracia ;
Poned al conde cadenas
Ligeras, que no pesadas ;
Cadena de oro ponedle,
Ponedle grillos de plata,
Que los buenos en su tierra
Buenos son en tierra extraña.
Ya le ponen al buen conde
Lo que la princesa manda,
Cadenita de oro fino
Ligera, que no pesada ;
Pero al son de su cadena
El triste cautivo canta :
« De qué le sirve al cautivo
Tener los grillos de plata
Y la cadenita de oro
Si la libertad le falta ! »

II.

El buen conde castellano
Cadenita de oro arrastra
En los jardines del rey,
Del rey moro de Granada,
Y mirando hácia Castilla,
Castilla su dulce patria,
De este modo se querella
De la fortuna contraria :
—Fortuna, ¿porqué me diste
Riquezas en abundancia,
Porqué me diste mujer
Hermosa y enamorada,
Si luego me apartas de ellas
Y no me dejas gozarlas ?
¡Mal hayas, fortuna impía,
Fortuna impía, mal hayas!
¿Qué hará la mi dulce esposa
Sin el espeso del alma
Entre los muros sombríos
Del mi castillo encerrada ?
¿Qué harán los mis pagecitos
Sin su señor que en las armas
Mas que señor, como padre
De grado los adiestra ?
¿Y qué harán los mis vasallos
Sin tener quien ponga á raya
A los condes mis vecinos
Que á robar mis tierras pasan ?
¡Mal hayas, fortuna impía,
Fortuna impía, mal hayas!
Pájaros que vais volando
Hácia mi Castilla amada,
¡Quién fuera como vosotros,
Quién tuviera vuestras alas,
Que aunque es azul y sereno
Este cielo de Granada,
El cielo de mi Castilla
Es el que á mí me hace falta,
Que no hay cielo tan hermoso
Como el cielo de la patria!
Cuando llegueis á Castilla,
Posaos en la ventana
Del aposento en que llora
La mi condesa del alma,
Y divertid sus pesares
Con vuestras lenguas arpadas.
Pajaritos, pajaritos,
¡Quién tuviera vuestras alas!
De oro fino es mi cadena
Y mis grillos son de plata.
Bien hayas, doncella mora,
Que mi cautiverio ablandas ;
« ¡ Mas de qué sirve al cautivo
Tener los grillos de plata
Y la cadenita de oro,
Si la libertad le falta ! »

III.

— ¿Porqué lloras, porqué lloras,
Nazareno de mi alma ?
Yo por pesada cadena
Te dí cadena liviana,
Y aun esa te quitaré
Si con trabajo la arrastras ;
Mas por Alá, nazareno,
No has de tornar á tu patria.
Porqué me muerdo si tornas,
Porque si tornas me matas !
Zegries y abencerrajes

Juegan sortijas y cañas
Todos los días debajo
Del ajimez de mi estancia
Por prender mi voluntad,
La voluntad de tu esclava ;
Mas tú lo prendiste solo,
Nazareno de mi alma,
El de la cadena de oro,
El de los grillos de plata ! —
Así la hermosa princesa
Amor al conde demanda
Con lágrimas en sus ojos
Que son luceros del alba,
Y le responde el cautivo
De hinojos puesto á sus plantas :
— Perdon, la hermosa doncella,
Mas en Castilla me aguarda
Una mujer desvalida,
Y hermosa y enamorada,
Que el dulce nombre de esposo
Pronuncia cuando me llama.
— Iré contigo á Castilla
Si no te place Granada,
Y allí tambien ese nombre
Te dará amorosa Zaida.
— Solo tienen los varones
Una mujer en mi patria,
A una mujer solamente
Vida y corazón consagran.
— ¡ Santo Alá ! porqué en Castilla
No fué mecida mi hamaca !
Torna, nazareno, á donde
Tu nazarena te aguarda,
Que quiero morir de amores.
Mas que del tuyo privarla,
Que á mi discrecion te ha puesto
Mi padre el rey de Granada. —
Así dice la princesa
Y al conde desembaraza
De su cadenita de oro
Y de sus grillos de plata,
El conde torna á Castilla
Y al despedirse de Zaida :
— Bien hayas, doncella, dice,
Pues mis cadenas quebrantas,
« Que poco sirve al cautivo
Tener los grillos de plata
Y la cadenita de oro
Si la libertad le falta. »

ANTONIO DE TRUEBA.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Emigración de la elegancia. — Los provincianos en París y los parisenses en las provincias. — Librea rusa para groom y chaquetilla bávara. — Necesidad absoluta de un groom. — Dos palabras sobre el cometa y otras dos sobre las corbatas á la moda. — De la verdadera elegancia en el vestir. — Trajes de verano. — Los vestidos de seda. — Los pantalones anchos y estrechos. — Los trajes de visita en el campo. — Las Amazonas. — La emperatriz Eugenia vestida de amazona. — Látigos de pelo de Lemonnier. — Descripción del figurín de este número que representa trajes de campo.

Todos los jóvenes elegantes han dejado París á imitación de todas las señoras á la moda. Es imposible permanecer en París, sobre todo cuando un hombre es conde ó marqués, y tiene pretensiones á la elegancia. Es preciso ir pues, á los baños de mar, es preciso beber agua de algunas fuentes termales de nombradía. Y sin embargo, en París hay paseos como no se ven en las provincias, y los provincianos llegan aquí en tumulto para admirar la cascada de Longchamp, el hermoso lago y el río del bosque de Boulogne, las magnificencias del Pré Catelan y las fiestas del parque de Asnieres. Además, se aprovechan de la hermosa estación de verano para visitar París y todos sus monumentos, y así la capital se halla invadida todos los años por los provincianos y los extranjeros, que de vez en cuando suelen imponer sus modas. En cuanto un alto personaje llega á esta gran ciudad tan afamada por su gusto, al instante se trata de imitar lo que lleva él y las personas de su comitiva. Verbigracia, las libreas se hacen á la rusa, desde el viaje del gran duque Constantino, y se llevan muchas casaquillas bávaras de medio-vestir.

La librea rusa se compone de una levitita piemontesa de paño con tres hileras de botones dorados; el cuello llamado á la sajona, va cubierto de paño negro punzó. Mangas holgadas con una abertura y dos botones por abajo. Faldones cortos con el vuelo justo para rodear las caderas; cinturón de cuero en el talle; corbata blanca de batista y guantes de algodón blanco. Es inútil llevar chaleco bajo la levitita porque esta siempre va cerrada. El calzón es de terciopelo rayado blanco, muy ancho, ajustado por las ligas y largo en su conjunto para que haga muchos pliegues sobre la rodilla.

Indico este traje de groom porque la moda quiere que se tenga un groom, como se tiene una casa de campo. Para este oficio se elige un niño de trece á catorce años que se viste del modo que acabo de designar, cuando no se le da un traje estafalarío. Nada es más grotesco que un groom con una librea que barre el suelo y abotonada como una levitita á la propietaria. — Se parece al mono-gentleman que

sale al Circo de la Emperatriz y que se da mucho aire de importancia porque lleva su pequeño groom vestido de jockey.

Un dandy tiene que hablar mucho de clubs y de caballos, y tiene que tener un groom á su servicio y al de sus amigos. Así lo exige la moda, y la moda es inflexible.

Desde que tenemos á la vista el cometa, los elegantes se visten de pastores y de aldeanos. ¡El cometa!... Al cabo ha sido descubierto paseándose entre las estrellas. ¿De modo que no se equivocó el astrónomo alemán?... Pero el cometa encuentra al género humano tan amable, tan virtuoso, tan generoso, tan desinteresado y tan bien vestido, que no quiere destruirle.

Los trajes de verano son de una extravagancia risible. Los jóvenes bajo el pretexto de que hace mucho calor y que les incomoda la corbata, llevan simplemente al cuello una cinta de color de rosa, cereza ó azul graciosamente anudada. Es de una pretension suprema. Nótese que la cinta tiene cuando mas cuatro centímetros de anchura, y que cuando mas sería propia para un niño; pero los caprichos se adoptan siempre con entusiasmo. Tambien se llevan corbatas de guipure, de encaje y de granadina con un anillo; estas corbatas dejan el cuello á descubierto, y cuando el cuello es largo el jovencito parece un pavo desplumado. Nunca un hombre serio se pondrá una corbata de encaje, sobre todo con el frac y el sombrero que hoy se llevan: esto era bueno para el tiempo de las casacas bordadas de perlas, los chalecos de color de rosa y los calzones de seda.

La cinta por corbata, con un traje de piqué blanco y un panamá en la cabeza es admirable; pero para esto es preciso que el joven que la lleve sea guapo muchacho. Por lo demás, todo hombre debe saber el modo de vestir mas adecuado á su persona; el que le ignora, en vano recurrirá á los sastres; siempre estará ridículo, siempre descubrirá que carece de gusto. En el arte del vestir, lo mismo que en las demas artes, seducen á la muchedumbre las cosas de mucho efecto. No creo cierto que el sentimiento de las masas sea bueno ó infalible en las artes; la cantidad no será nunca la calidad. Para llevar telas ricas, lujosas y vistosas se necesita un carácter fisionómico que lo permita.

Pero dejando aparte mi opinion sobre el modo de vestir, hablemos de los trajes de verano.

No se llevan tantos trajes de la misma tela cuando esta tela es de lana; pero cuando es de hilo, chaleco, pantalon y casaquilla deben ser de tela igual. Los vestidos de seda y de hilo son tambien muy elegantes. La casaquilla y la jaqueta de seda se hacen de todos colores, negro, gris y color de castaña, con pantalon y chaleco de igual color y tela.

Los chalecos de chal están muy á la moda. Esto se concibe, pues un chaleco abierto deja descubierta una pechera de batista. Sin embargo, hay muchos que prefieren los chalecos derechos. Los pantalones para campo, sobre todo los de hilo, se hacen anchos, aunque no exageradamente. Algunos elegantes se obstinan en llevar pantalones muy estrechos, lo que produce un efecto muy triste, cuando las piernas son delgadas.

Para los trajes de paseo, visitas y recepciones en las casas de campo, no se usan ya las prendas de capricho, es preciso llevar el frac á la francesa de paño negro ó de paño azul con botones de metal, pantalon de satén gris perla y zapatos de charol.

Los trajes de las Amazonas han sufrido una revolucion de elegancia. Al fin la fantasía ha querido modificarlos; ya se acabaron los corpiños de mangas ajustadas que llevaban nuestras abuelas. — El corpiño que tiene tres anchas faldetas que caen hasta media falda, puede abrirse graciosamente para dejar á descubierto una chorrera de pliegues acanalados de encaje.

Las mangas son anchas y con vuelta, debajo se llevan otras mangas con un puño mosquetero y guantes largos; otras se disponen en armonía con los guantes « Juan Bart. » Muchas Amazonas llevan látigos de pelo de « Lemonnier. » El látigo de pelo imita muy bien el trenzado de la ballena; los mangos son verdaderas alhajas artísticas. Lemonnier los adorna con el gusto con que podria hacerlo « Benvenuto Cellini. »

Los trajes de Amazona se hacen de cutí, de piqué, de popelina, de nankin, de paño y de terciopelo.

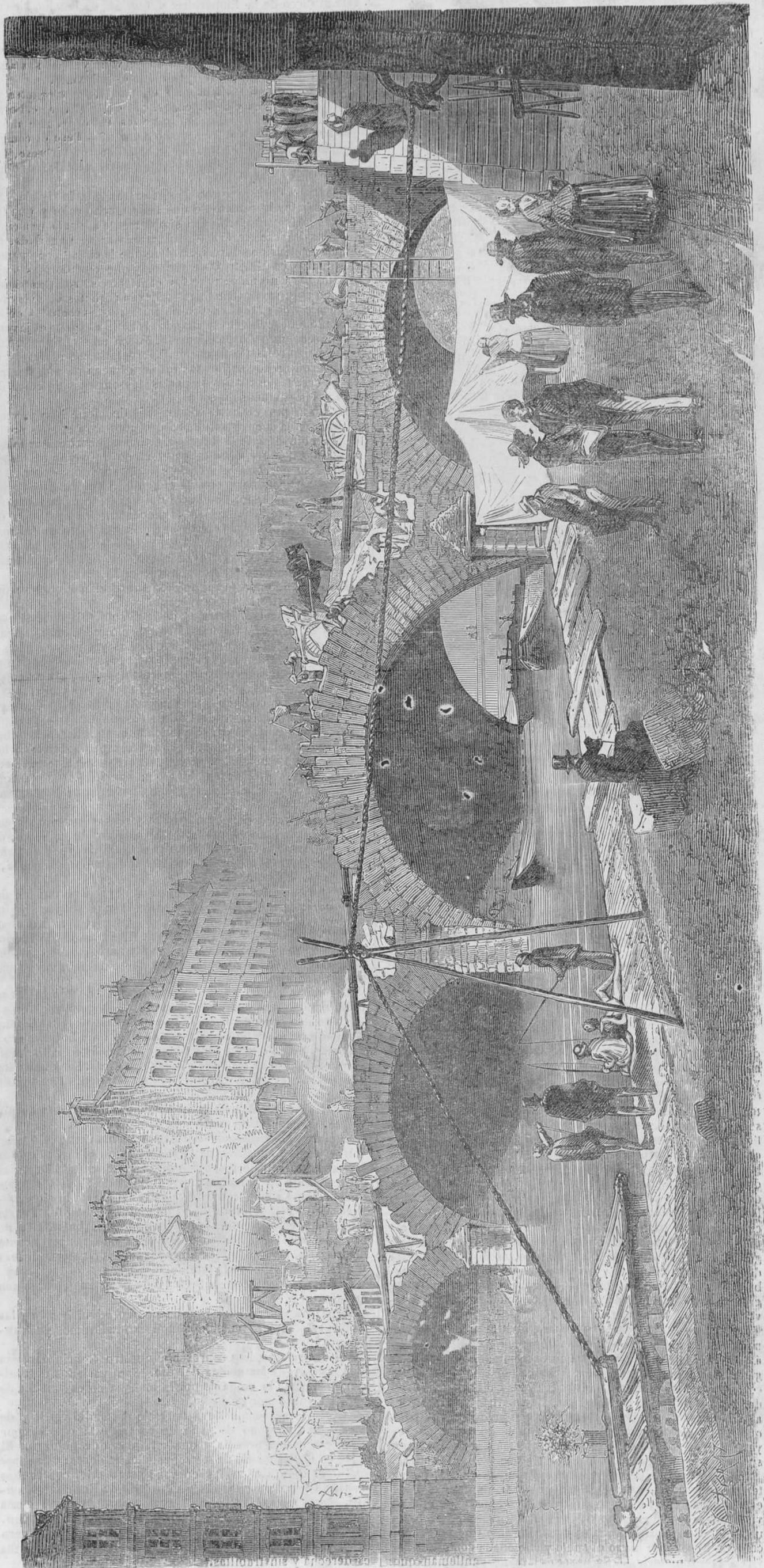
El paño y el terciopelo son para la primavera y el otoño. Hay en la Exposición de bellas artes en el palacio de la Industria un retrato magnífico de la « Emperatriz Eugenia » representada de Amazona: este traje de terciopelo granate es soberbio. La emperatriz lleva en la cabeza un bonito sombrero Luis XIII adornado con una pluma flotante. Puesto que la emperatriz Eugenia usa el sombrero Luis XIII, no hay duda que el sombrero de hombre está completamente destronado, pues todas las Amazonas que no quieran ir feas y ridículas seguirán el ejemplo.

El Luis XIII se hace de fieltro ó de paja; sus colores son castaño, gris ó negro.

Tales son las noticias que he podido adquirir sobre las modas masculinas; antes del otoño no tendremos ya grandes novedades.

Los trajes que hoy representa nuestro figurín dan una idea precisa de las modas del día. Son variados naturalmente, porque la moda de por la mañana no es la moda de por la tarde ó por la noche.

El primer personaje lleva un traje de medio vestir y de paseo. Su sobretodo de paño de verano está cerrado por delante con una presilla y una sola hilera de botones. El corte es el mismo del de los sobretodos ingleses; tiene tres costuras, que dibujan las curvas ligeramente, con anchas mangas sin bocamangas. Este sobretodo se lleva solo ó cubre, segun las exigencias de la temperatura, un frac ó una casaquilla. El chaleco es del mismo color que el pantalon. El pantalon representado en el figurín es de satén ligero gris avellana, y lleva una banda en las costuras; su forma es derecha y sin trabillas.



Obras de demolición del puente de San Miguel en Paris.

El niño que viene despues con su bonito globo de color de rosa, tiene una chaquetilla bretona de paño negro, que cierra derecha sobre el delantero con cuello y solapas pequeñas. Mangas derechas sin bocamangas. Chaleco de piqué blanco con rayas al sesgo, un poco largo por abajo y abotonado á voluntad.

Pantalon de nankin ancho y sin trabillas.

El tercer personaje lleva un traje de vestir sencillo y distinguido. Compónese de un frac á la francesa de paño verde mirto cortado en escape sobre el delantero: á cada lado lleva cuatro botones y cuatro ojales. Pero solo el segundo de arriba puede abotonarse. Chaleco de valencias mezclilla verde de pequeño chal corrido, un poco largo de talle.

Pantalon de hilo largo cortado como los pantalones de lana con cierta anchura, sin que el pié quede cubierto. Panamá con cinta de terciopelo negro y hebilla.

La cuarta figura lleva un traje de campo en toda la extension de la palabra. La jaqueta, el pantalon y el chaleco son de hilo gris atigrado. Nada tiene de particular la forma de la jaqueta. Su corte es muy sencillo y muy distinguido. El chaleco derecho se vuelve á voluntad. El pantalon ancho cae bien redondo y no lleva trabillas. Corbata azul con rayas blancas. Guantes gris perla, fieltro gris con galon acanalado y junco de China.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Demolicion del puente de San Miguel.

SU RECONSTRUCCION EN LA LÍNEA DEL BOULEVARD DE SEBASTOPOL.

El puente de San Miguel era el mas antiguo de todos los puentes de Paris. — « En 1378, dice Sauval, pusieron la construccion del puente de San Miguel. » Elu, de Sens, y Ferry, de Metz, consejeros, fueron nombrados comisarios por el rey para dar su opinion en el asunto, oido el parecer del parlamento, del cabildo de Nuestra Señora, del preboste de Paris y de los vecinos. Reunieron en el palacio, donde se encontraron dos presidentes, sesenta y siete consejeros, el decano, el sochantre, el penitenciario, con cuatro canónigos y mas de cinco vecinos. »

Bien que en esta asamblea hubiese el número de hombres necesario para no entenderse jamás, al cabo de diez y siete discursos se votó por unanimidad la necesidad urgente de emprender las obras, cuya direccion tocaba de derecho á maese Guillermo Bourdon, preboste de los mercaderes de la buena villa de Paris.

El magistrado que no era un hablador difuso, sino un administrador muy hábil, reclutó de un modo singular los obreros necesarios para la construccion.

Maese Bourdon echó mano de todos los detenidos por robos, mandó prender á todos los gitanos que recorrian impunemente las calles de Paris, y á todos los utilizó para el transporte de materiales y para el servicio de bañilería.

Este nuevo método de reclutamiento por causa de utilidad pública, era tan original como lucrativo; el puente de San Miguel solo costó 120,000 libras.

El 31 de enero de 1404 el puente de San Miguel fué arrastrado por los hielos que habia amontonado un invierno rigoroso. En el mismo año se restableció; y en 1424 tomó el nombre de *puente de San Miguel*, en razon de su proximidad á la capilla de este nombre. — En 1547 fué otra vez arrastrado por los hielos, y reedificado de madera; destruido de nuevo en 1616, se presentó una compañía que se comprometia á reconstruirle de piedra, con tal de que la permitieran elevar sobre el puente dos hileras de treinta y dos casas, cuyo producto percibiria durante sesenta años.

En 1678 el rey abandonó la propiedad de este puente por una suma anual de 20,000 libras.

La construccion de casas por ambos lados de los puentes de Paris, debía ser muy perjudicial á la salubridad pública, pues ellos son un ventilador precioso. Además los edificios quitaban la vista del hermoso panorama que se descubre desde los puentes.

Por eso el rey mandó con fecha del mes de setiembre de 1786, que todas las casas edificadas sobre los puentes de Paris fuesen demolidas. — La orden del rey no se ejecutó.

En 1807, el 17 de mayo, se dirigió al ministro del Interior una peticion firmada por los principales habitantes de Paris á fin de obtener aquella demolicion tan deseada; la peticion quedó sin respuesta alguna. Los reclamantes no se desanimaron, y quisieron elevar la súplica al mismo emperador; pero no era fácil acercarse á Napoleon, que corria de victoria en victoria. Sin embargo, uno de los peticionarios se encargó de llegar hasta el emperador, y en efecto pudo alcanzarle en Tisitt: S. M. el mismo dia decretó las demoliciones; y en el despacho en que daba órdenes al conde de Campagny, ministro del Interior, relativas á las mejoras de Paris, se lee la frase siguiente:

« Señor ministro: la paz está hecha con el extranjero; ahora haré la guerra á vuestras oficinas. »

A principios del año 1809 no quedaba una casa en los puentes de Paris, y todo el mundo podia admirar la magnífica perspectiva que ofrecen las márgenes del Sena.

El puente de San Miguel que ahora se destruye, como se ve en nuestro dibujo, se componia de cuatro arcos; tenia de largo 61 metros, y 25 metros 10 de ancho. En otro número daremos el dibujo del nuevo puente de San Miguel que ha de construirse en la línea del gran boulevard de Sebastopol.

L. L.